

1/17201

LAS
GUERRILLAS ESPAÑOLAS,

Ó LAS

PARTIDAS DE BRIGANTES

EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

RECETA PARA LA CURACION DE LA ENFERMEDAD DE FRANCIA CONTRA
LA INVASION DE LOS EJÉRCITOS EXTRANJEROS,

DEDICADA

á las Comisiones de Armamento y Defensa de los Departamentos de Francia

POR UN ESPAÑOL

ENEMIGO CONSTANTE DE TODA DOMINACION EXTRANJERA.

Les espagnols en masse se conduisirent
comme un homme d'honneur. Je n'ai rien
à dire à cela, sinon qu'ils ont triomphé,
qu'ils en ont été cruellement punis... ils
méritaient mieux !...

NAPOLÉON I. — *Mémorial de Sainte-
Hélène.*



MADRID,

IMPRENTA DE F. MARTÍNEZ GARCÍA,

CALLE DE SEGOVIA, NÚMERO 26.

—
1870

Libreria
de A. DURAN
MADRID
C^{ra} de S. Gerónimo, 2.

PAP
REG.

1/17204

Leg. 50.
LVI
A-96

LAS
GUERRILLAS ESPAÑOLAS,

Ó LAS

PARTIDAS DE BRIGANTES

EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

RECETA PARA LA CURACION DE LA ENFERMEDAD DE FRANCIA CONTRA
LA INVASION DE LOS EJÉRCITOS EXTRANJEROS,

DEDICADA

á las Comisiones de Armamento y Defensa de los Departamentos de Francia

POR UN ESPAÑOL

ENEMIGO CONSTANTE DE TODA DOMINACION EXTRANJERA.

Les espagnols en masse se conduisirent
comme un homme d'honneur. Je n'ai rien
à dire à celà, sinon qu'ils ont triomphé,
qu'ils en ont été cruellement punis... ils
méritaient mieux !...

NAPOLEON I. — *Mémorial de Sainte-
Hélène.*



MADRID,

IMPRENTA DE F. MARTÍNEZ GARCÍA,

CALLE DE SEGOVIA, NÚMERO 26.

—
1870

INTRODUCCION.

Francia se ve hoy invadida por innumerables y bien organizados ejércitos extranjeros, como en el año de 1808 tan injustamente ocupó con los suyos Napoleon I la península ibérica.

Napoleon, por medio de amaños, consiguió en 1808 enseñorearse de las principales plazas fuertes de España, y con sus bien organizados y poderosos ejércitos, derrotó y aniquiló los nuestros bisoños, y los de los ingleses bien organizados y regidos por el general sir Juan Moore, que murió de una bala de cañon, que recibió en la batalla de la Coruña, librada á mediados de Enero de 1809, despues de la más desastrosa y desordenada retirada de los ejércitos ingleses por Asturias y Galicia, perseguidos por dos de los mejores mariscales de Napoleon, Soult y Ney, quienes obligaron á los ingleses á embarcarse atropelladamente y á abandonar la península.

En presencia de los descabros de los ejércitos que sostenian las esperanzas de todos los españoles, no quedaba más recurso, para libertarse del pesado yugo de la dominacion extranjera, que un levantamiento en masa del pueblo español. Su suerte era triste y fatal, á juicio de casi todo el mundo, por convencimiento de los triunfos y conquistas conseguidas en tan corto tiempo por el enemigo, que habia alejado y destrui-

do la mayor parte de los ejércitos que sostenían sus esperanzas. Así era de esperar si la España, á imitación de las potencias del Norte, hubiera sucumbido á los primeros reveses de la fortuna; siendo los primeros esos mismos alemanes y prusianos, hoy tan orgullosos y arrogantes, y en aquel tiempo embebidos sus hijos en los ejércitos franceses, como sus mejores auxiliares, combatían en España á favor de la usurpación de Napoleón I.

La predilecta caballería ligera del ejército francés en España, se componía de los valientes escuadrones westfalianos y hannoverianos.

Si la nación española no hubiese encerrado en su seno hombres de extraordinario espíritu y valor, que activasen el amortiguado fuego de su primitivo ardor y entusiasmo patriótico, al par que se aumentaban sus desgracias é infortunios. Nunca olvidaron en sus reveses y desgracias el talisman de aquella sacramental palabra, en contestación á los triunfos del enemigo: NO IMPORTA.

Las provincias del Norte, con preferencia á las demas de la península, dieron testimonio irrefragable de esta verdad, que jamás olvidó Napoleón. Tampoco dieron al olvido las proezas, arrojo y valentía de muchos de los *partidarios*, que de mil maneras les dieron á conocer que sus tropas *no eran invencibles, ni irresistibles al brazo español*, por más que se esforzaban en abatirlo y humillarlo; ni el que les alentaba con los dictados de dominador de toda Europa, invencible y omnipotente, era aquel hombre tan extraordinario que no había *conocido igual ni semejante en los pasados siglos, ni de tan singular talento y fuerza*. Aunque débil y sin fuerzas el español, no por eso dejaba

de resistir y oponerse á sus huestes formidables, desmintiendo por de contado aquel anuncio dado á los hijos de Madrid cuando estaba á sus puertas: *que no habia obstáculo ninguno capaz de retardar por mucho tiempo la ejecucion de su voluntad: y la oferta que hizo á principios del año de 1809, á su Senado en Paris, asegurando que: dentro de dos meses no habria pueblo ni aldea en España en insurreccion, sino que todos estarian en la mayor tranquilidad y quietud.* Pero pasó aquella época, y pasó un año, y la voluntad del *omnipotente* emperador no se cumplió.

La España no fué vencida en el tiempo que la prefijó Napoleon, ni sus hijos humillados por los reveses de sus ejércitos. Su conformidad y tenacidad la salvó.

Para proporcionar y conseguir el noble objeto de la defensa nacional, el legítimo gobierno español creó y formó milicia nueva con la denominacion de **EAS PARTIDAS**, que se debian reunir con aprobacion de la Junta provincial ó capitanía general de distrito, y operar bajo un reglamento expedido y publicado en 28 de Diciembre de 1808, que comprendia 34 artículos; siendo los principales, el número de individuos de que debia componerse cada cuerpo, tanto de caballería como de á pié, sus grados, distinciones y emolumentos, subordinacion á los generales respectivos de provincias, quienes debian dejarles con entera libertad, y proporcionarles auxilios cuando los necesitasen.

Su ejercicio y ocupacion principal debia ser, hacer cuanto daño fuese posible al enemigo, interceptándole correos, contener sus correrías, impedir entrar en los pueblos á exigir contribuciones, maltratarlos y saquearlos, incomodarlos por fin en cuantos parajes y ocasiones se les proporcionase.

Arreglado á estas sábias disposiciones, se destinaron *comisarios* á todas las provincias del reino, para que al tenor de lo ordenado se organizase dicha clase de milicia nueva, que se verificó con rapidez increíble.

Los franceses confundieron las *partidas*, con los facinerosos bandoleros, dándoles el título de *brigands*, y como á tales castigaban con el vergonzoso patíbulo, hasta que el valeroso paisano castellano viejo, Juan Martin Díez, conocido por *el Empecinado*, se presentó en la escena como jefe de *partida*, y en seguida el gobierno, contuvieron el desórden criminal con la amenaza hecha por escrito á los *mariscales* franceses que indefectiblemente perderian la vida tres franceses por cada uno de los *partidarios* que fuese fusilado ó condenado al cadalso.

La juventud corrió presurosa á alistarse en las *partidas*: los hijos del honrado labrador, del artesano, del industrial, del comerciante y del tendero, y últimamente de la nobleza, y sobre todo los estudiantes de las universidades, colegios y seminarios.

No es mi ánimo y propósito escribir la historia de las *partidas* de España, que todavía está por escribirse. Para redactar obra tan importante, se requiere más talento y dotes, que no tengo. Me contentaré sólo con indicar algunos de los principales y primeros jefes que se arrojaron á la lid, capitaneando las *partidas* de guerrillas, ó reunion de hombres esforzados, que despreciaron los peligros.

Para anotar solamente la lista de sus nombres, se necesitaria un volúmen, porque fueron infinitos y en todas las provincias del reino, como heróicas sus hazañas.

CAPÍTULO PRIMERO.

Principales jefes de partida ó guerrilleros que salieron á campaña en el año de 1809, particularmente de Castilla.

Entre los guerrilleros de la guerra de la Independencia, merece distinguirse á *D. Gerónimo Merino*, cura párroco de Villoviado, pueblecillo de la abadía episcopal de Lerma, en la provincia de Búrgos.

Fué el modelo de los guerrilleros. El que mató y aprisionó respectivamente más enemigos y perdió menos gente en la guerra. Este INVICTO guerrillero, que nunca fué vencido, y siempre vencedor; sorprendido, ni prevenido; ni sorprendida su partida, cuyo centinela vigilante fué siempre.

El que mantuvo la más estricta disciplina y excelente organizacion en su partida.

El brigadier Merino, ó el cura de Villoviado, era un hombre recto, inexorable con el crimen y los desórdenes, sobre todo con los ladrones. Montaraz, brusco é insociable, de pocas palabras y en extremo reservado y cauteloso.

Fuí su amigo íntimo en la guerra; luégo su mayor enemigo político el año de 1820, que como absolutista que era en grado superlativo, alzó pendones contra la Constitucion del Estado. Le perseguí, y al canónigo Barrio, por encargo del gobierno constitucional, apri-

sioné á ambos eclesiásticos y deshice su partida de faciosos en Julio del mismo año de 1820, en las sierras de Quintanar.

Empero, hago justicia á sus méritos y virtudes, considerándole siempre como uno de los primeros y más perfectos partidarios de la guerra de la Independencia. En esta sucinta reseña histórica, le represento como el modelo más perfecto que conviene imitar, tratándose de la creacion y organizacion de las *partidas de guerrillas*.

El Empecinado (Juan Martin Díez). Este ilustre castellano fué uno de los partidarios de la guerra de la Independencia. Cavador de viñas en Fuentecen y la Nava de Roa, era natural del pequeño pueblo de Castrillo de Duero, en el partido de Peñafiel, en la provincia de Valladolid¹. Hombre forzado y esforzado, y pelo cerdoso en pecho, de galan presencia, y simpático por carácter para toda la juventud de aquellos pueblos de la ribera del Duero, ó la tierra del vino. Era

¹ *Significacion del nombre EL EMPECINADO.* El pueblo de Castrillo de Duero, su patria, está sentado al pié de unas colinas peladas, que en tiempos de lluvias el lugar se llena de lodo, y se asemeja á un estanque: añadido esto al desaseo natural de algunos habitantes, les hace parecer embadurnados de lodo y piscina, y en los pueblos vecinos á Castrillo les llaman *los Empecinados*. Al cavador Juan Martin le conocian por esta razon con el apodo del *Empecinado*. Jefe de la *partida de guerrilla*, no se distinguia por otro nombre, y á sus soldados por los *Empecinados*, que vino á ser signo distintivo de patriota. Él firmaba todos sus escritos bajo del título de *el Empecinado* á secas; y concluida la guerra, el rey D. Fernando VII mandó extenderle real título de Castilla de *el Empecinado*, autorizándole para que continuase firmando los escritos oficiales, como lo habia hecho en la guerra. Por eso decia él con orgullo: «¿Qué diferencia hay de el Empecinado, á el Emperador, como se titula y firma Napoleon?»

Hé ahí descifrado el significado del nombre apelativo de *el Empecinado*.

de estatura regular, cenceño y desenvuelto, y de anchas espaldas. Gran tirador de barra.

Se asoció con una docena de jóvenes compañeros suyos de Roa y pueblos inmediatos, y montados en caballos que requirieron de los curas, cirujanos, escribanos y particulares del país, principiaron á matar franceses, y apoderarse de los carricoches y furgones, que descuidadamente caminaban por las calzadas reales de Aranda de Duero y Valladolid, interceptando correos y apoderándose de todo viajero frances. Las continuas y multiplicadas presas que hicieron, enriquecieron á la partida de los *Empecinados*, haciéndose dueños de gran número de caballos, armas y equipos militares, sirviendo de primer aliciente para el aumento y crecimiento de la partida.

El ruido que metieron en el país y fuera de él, los continuos apresamientos y muerte de tanto enemigo, y las inmensas riquezas que pillaron, animó á la juventud ribereña, los unos por puro patriotismo, y los demás por enriquecerse, á reunirse á la partida de los *Empecinados*, cuyo nombre se hizo popular dentro y fuera de España; y con tanto caballo sobrante como apresaron y armas que cogieron, fué engrosando considerablemente la guerrilla de *el Empecinado*.

Sus partidarios ó soldados de la ribera del Duero, se componian de hombres robustos, duros, ágiles y valientes.

Las correspondencias importantes que interceptaron los Empecinados en los correos que detuvieron en los caminos reales, tanto del ministerio frances como del mismo Napoleon á sus mariscales y gobierno de su hermano José, las encaminaba *el Empecinado* por partidarios de su entera confianza al capitán general

de ejército D. Gregorio de la Cuesta, á Ciudad Rodrigo, con cuya patente y autorizacion operaba *el Empecinado* en Castilla la Vieja.

Semejantes interceptaciones de correos desconcertaban enteramente los mejores planes de campaña de los *mariscales*, y los generales de los ejércitos ingleses y el gobierno de Sevilla, estaban al tanto instruidos de los secretos de los planes de Napoleon, de sus *mariscales* y generales de operaciones. Este fué uno de los servicios más importantes que hicieron á favor de su patria las *partidas* ó guerrillas españolas.

Los dos MINAS. El jóven estudiante Javier Mina, con sus proezas en Navarra, inmortalizó su nombre. Testigos fueron de sus hazañas las ciudades de Sangüesa, los Arcos, Tafalla, Caparroso, Tudela y varios pueblos de aquella provincia.

Por aprehension de este caudillo recayó el mando de la partida en su tío D. FRANCISCO ESPOZ Y MINA, genio militar singular, que no conocieron igual en muchos siglos despues de Viriato el lusitano. Del surco se trasladó á la campaña, y convirtiendo su *laya* y *azadon* en carabina y espada, hizo tantos prodigios de valor y astucia, que nunca serán alabados dignamente.

En la frontera de Francia misma, y á vista y paciencia de su gobierno, del ejército y de las autoridades del imperio, cuyo territorio holló impunemente alguna vez con su guerrilla, fué el teatro de sus principales proezas y donde organizó sus legiones. Su division ó cuerpo de ejército llegó á contar de diez á doce mil hombres de todas armas, tan disciplinados y valientes como las mejores tropas de Napoleon.

D. Julian Sanchez. Caudillo valeroso de tierra de

Salamanca, y jefe de la partida de *Vaqueros* que con sus lanzas ó picas de toros y á caballo fueron el terror de los franceses en los campos de Ciudad-Rodrigo. Se batia continuamente con gruesas divisiones enemigas. Su intrepidez, arrojo y denuedo evidenció á todo el mundo aquel hecho de romper y abrirse paso con solos sesenta hombres por entre filas enemigas que sitiaban y cercaban la plaza de Ciudad-Rodrigo. Esta partida de Sanchez era la predilecta y mimada del ejército inglés mientras permaneció en Castilla, y en la batalla de los Arapiles.

El Capuchino Fr. Julian de Delica. Este fraile capuchino, al frente de setenta castellanos, entre otros hechos innumerables, cogió prisioneros en Toro al general frances *Franceschi* y á un edecan del general Kellerman, á quienes condujo á Fuente Guinaldo con caballerías, equipajes y muchas alhajas de oro y plata. El mariscal Soult, que permaneció en la Puebla de Sanabria breves dias, despachó á Madrid al general *Franceschi* con pliegos interesantes para el rey José, informándole el mal estado de su ejército, el mal ánimo de algunos generales, y discordias entre las tropas y sus necesidades. Todos los pliegos cayeron en manos del *Capuchino*, que los encaminó á poder del gobierno legítimo, quien supo sacar mucho partido de tan interesantes revelaciones.

Juan Díez Porlier, llamado *el Marquesito*. Este oficial de línea, y creo de la Guardia Real, despues de la batalla de Gamonal, mandada por el mismo Napoleon en Noviembre de 1808, y dispersion de las tropas españolas en Búrgos, se refugió á las montañas de Asturias y la Liébana, llevando consigo algunos soldados dispersos, y formó su guerrilla: luégo fué uno

de los buenos generales españoles: dió en los principios de su vida guerrillesca ó en 1809, mucho que hacer al hábil general de montañas Bonnet, que jamas pudo batir á este jefe de guerrilla, ni sosegar la tierra que dominaba aquel caudillo ilustre.

José Manso, el Molinero, marqués de Llobregat. Fué guerrillero distinguido en Cataluña, que llegó á organizar una respetable division, y causó mucho daño á los ejércitos franceses.

Gaspar de Jáuregui, EL ARCHAYA, *pastor de ovejas*. Al frente de su numerosa guerrilla de vascongados que organizó en las montañas de Guipúzcoa, causó muchos descalabros á los franceses. Casi siempre operó en combinacion con el general Espoz y Mina.

D. Juan Paralea, *médico* titular de Villaluengo, en la provincia de Toledo, fué de los partidarios más ilustrados y que más lustre dieron por sus esfuerzos. Los franceses mismos le tributaron los elogios de valiente, humano, magnánimo, generoso, guerrero y político. Los ochenta y cinco dragones que aprisionó en Yunclillos, lugar inmediato á Toledo, manifestaron á sus jefes la satisfaccion que habian tenido de haber caido en manos de un hombre tan fino y atento, comandante tan liberal y gracioso; motivo porque el general Belliard, gobernador ó comandante general de Madrid, no pudo ménos de expresarse en elogio del caudillo español en estos términos: «*Le Médecin est un bon général, et un homme tres humain*». El Médico es buen general y muy humano.

El Marqués de Barriolucio. El primogénito del marquesado de este título, casa muy antigua y de la mayor nobleza de Búrgos, con aprobacion del gobierno, levantó una partida de patriotas, que en muy cor-

to tiempo constaba de setecientos caballos y dos mil infantes. El 28 de Noviembre de 1809 tuvo ya una brillante accion con mil infantes y setenta caballos franceses que caminaban de Navarra para Logroño, y les obligó á retroceder con pérdida de un cañon, algunos prisioneros y ciento cuarenta muertos, sin dejarlos descansar á los que se libertaron hasta que se encerraron en Pamplona.

Por la sucinta reseña que llevo hecha de algunos de los jefes de *partidas de guerrillas*, y muy especialmente de Castilla, se ve: que sus individuos pertenecian á todos los estados de la sociedad, como cavadores de viñas, labradores, pastores de ganados, vaqueros, molineros, clérigos, estudiantes, frailes, médicos y hasta títulos de Castilla.

Indico solamente los principales jefes de las guerrillas castellanas que salieron á campaña en el año de 1809; que una gran parte de estos jefes fueron despues generales del ejército español.

Todos ellos principiaron por una docena de hombres que uno ó dos años más adelante tenian organizadas divisiones y aun cuerpos de ejércitos, como Espoz y Mina, Ballesteros, etc., etc., que competian con los franceses y les superaban en osadía y valor; porque los partidarios se componian de hombres fornidos y curtidos por la inclemencia, y adiestrados en las armas; al paso que los franceses, en general, habia mucho conscripto, endebles, mal alimentados y enfermos por la mucha fatiga y el poco descanso que tenian.

Aquel año fué el de las grandes interceptaciones de correos y convoyes, sorpresas y matanzas aisladas de soldados enemigos, las multiplicadas presas de géneros de comercio, que arriesgaban en los caminos con

escasas escoltas. Los guerrilleros, en sus principios, ó en el año de 1809, casi todos eran de caballería, muchos montados en malos jacos, con peores monturas y estribos de esparto, hasta que conseguían coger un buen caballo y arneses.

CAPÍTULO II.

Providencias crueles del mariscal Soult y otros generales de Napoleon contra las partidas de guerrillas, y represalias de éstas que obligaron á los franceses á derogar sus decretos.

A mediados del año de 1809, las partidas de guerrillas habian desenvuelto su habilidad y astucia guerrera, apresando por todas partes convoyes, correos, y atacando y apresando los destacamentos aislados ó pequeñas guarniciones en los pueblos y calzadas. Este estado de cosas, tan funesto á la causa de los franceses, obligó al mariscal Soult á expedir el 9 de Mayo de 1809 la furibunda órden por la que no se reconocia ejército ninguno español fuera del del rey José; declarando en consecuencia á todas las *partidas*, cualquiera que fuese su número y clase de su jefe ó comandante, *como una cuadrilla de ladrones y asesinos, imponiéndoles pena capital si fuesen aprehendidos con las armas en la mano, y quemados los pueblos donde pareciese muerto un frances.*

La humanidad se estremeció al oír un decreto tan bárbaro contra los fieles servidores de la patria. Informado el gobierno legítimo español de órden tan vandálica, se exaltó en cólera, y usando del derecho de re-

presalia, decretó por su parte sábiamente que todo español era soldado de la patria, y que por cada uno que ajusticiasen los generales franceses, se ahorcarían tres de los suyos, y los mismos por cada casa que incendiasen sin otro objeto que la devastacion, *y que en la misma pena de muerte era comprendido el mariscal Soult si fuese aprehendido, interin no revocase el decreto.*

El gobierno actual frances, por via de represalia, en caso necesario, puede adoptar igual medida contra los alemanes y prusianos; si llegasen á decapitar los soldados de la guardia móvil, los voluntarios francos ó á los individuos de las *partidas de guerrillas* que lleguen á formarse con autorizacion del gobierno ó sus delegados en los departamentos.

Aquella época del terror fué para el frances, en la guerra de España, el teatro sangriento. Era raro el partidario que caía prisionero en poder de los franceses: al contrario, eran infinitos los que cogían los guerrilleros, y sacrificaban ciento por uno, amaneciéndolos colgados de los árboles sartas de franceses á vista y presencia de sus guarniciones, con grandes cartelones. Era guerra sin cuartel. Este sistema feroz de represalia infundió tal terror en el enemigo, y singularmente en la oficialidad, que se colgaba con preferencia, que el mismo mariscal Soult se apresuró á abolir el bárbaro decreto que habia promulgado.

Tales medios de crueldad y terrorismo, que los franceses creyeron ser los más á propósito para atajar el acrecentamiento de las partidas, no sirvieron sino para multiplicarlas y dar mayor impulso y vigor contra la tiranía.

CAPÍTULO III.

Opinion de algunas autoridades francesas acerca de las partidas de guerrillas españolas.

«Muchos arbitrios se han discurrido para disminuir este terrible azote, escribia el duque de Cadore al embajador de Napoleon en Madrid, Mr. Laforet, con referencia á las partidas. Las sorpresas de los puestos militares, añadia, de los convoyes y correos, son cada dia más frecuentes. Es incalculable el daño que los franceses reciben de esta clase de guerra; y es tanto el disgusto de los soldados, particularmente extranjeros, que se pasan á centenares á las banderas españolas.»

*
* *

En iguales términos se expresaba el general Thouvenot, gobernador de San Sebastian, al mariscal Soult en carta que le dirigió con fecha 11 de Julio de 1809, en la que le decia que los bandidos de Navarra se multiplicaban diariamente, exigian contribuciones de los pueblos, percibian los derechos de aduanas en las fronteras, obligaban á los mozos á incorporarse á ellos, y en suma, daban la ley en Navarra, sucediendo lo mismo en Vizcaya, donde todas las cuadrillas de bandoleros estaban en movimiento y los causaban gravísimos daños.

*
* *

Decia con gracia y risa, y lo repetia muchas veces el gobernador de Madrid, Belliard, que ellos eran verdaderamente los prisioneros y subyugados en un rei-

no que decían conquistado. «El azote, añadía, más cruel para nosotros son estas cuadrillas de *Empecinados*.»

*
* *

En principios de Abril del mismo año de 1809, el prefecto de Guadalajara por el gobierno de José, D. Ramon Salas, decía que era imposible contener las tropelías de la partida de *los Empecinados*, si no se establecían acantonamientos fijos en Sigüenza y otros puntos; y que él se veía en los mayores apuros para atender á la guarnicion de aquella ciudad con los suministros que le eran señalados, á causa de que dichas partidas los recaudaban, aniquilando los pueblos é intimidando á sus moradores con amenazas de muerte, siempre que los entregasen á los franceses.

*
* *

Cuando en Paris se aseguraba la tranquilidad, sosiego y quietud de toda España, y del placer de todos los pobladores de tan magnánima nacion en vivir bajo el suave y dulce dominio del amable José, en Madrid y demas provincias subyugadas se pintaba á los españoles como rebeldes, forajidos y facinerosos. El general Solignac, no pudiendo contener las vejaciones que sus tropas sufrían de los valientes patriotas del Norte de la península, impuso multas crecidas á las ciudades populosas que no contuvieran los excesos, y diesen asilo, provisiones ó cualquiera otro género de asistencias á los *rebeldes*; sujetando á las mismas penas y otras á su arbitrio, á los habitantes y magistrados de los demas pueblos situados á cuatro leguas

en contorno de distancia donde hubiese guarnicion francesa, y su comandante, si no diesen pronto aviso de la residencia ó aproximacion de *aquella canalla de gentes*.

*
* *

Desde los campos de Valladolid se quejaba amargamente el general Kellerman á su emperador de la falta que tenia de recursos para contener los progresos de las guerrillas llamadas *partidas*, siéndole imposible por esta razon responder de su provincia. Y notando que el arrojo y atrevimiento de aquéllas llegaba á tal extremo que se aproximaban á los muros de aquella ciudad para asaltar á su misma persona, extendió y publicó con fecha 8 de Febrero del año de 1809 una proclama manifestando á todos los castellanos, que siendo muy urgente poner término á los excesos de semejantes guerrillas que asolaban las provincias, mandaba: «que toda justicia cuidase de colocar una atalaya en el campanario, que deberia tocar á rebato luégo que descubriese una cuadrilla de *forajidos* ó *bergantes*, debiendo armarse los habitantes para repelerlas¹, y acudir con el mismo objeto los vecinos de las poblaciones de una legua de distancia, so pena de ser castigado cualquiera que así no lo hiciese, como igualmente lo serian los de aquel pueblo donde entrasen los bandidos y causasen algun daño á los alcaldes y militares franceses que allí mismo se hallaren, debiendo ser los vecinos responsables de la seguridad de aquéllos».

¹ Es de notar que se habia desarmado á todo español, y prohibido con pena de muerte el uso de toda arma.

Un edecan del general Hugo, que estuvo siempre batallando contra *el Empecinado* en la Alcarria, escribía lo siguiente: « Nos es más fácil destruir los ejércitos insurgentes, que á estos guerrilleros bandidos. Se presentan en campo raso en batalla con el orden propio del arte militar. Con el mismo forman con rapidez sus filas de seis ó más hombres, que á galope y con sus homicidas *trabucos* se tiran sobre nuestras columnas, las desordenan y deshacen, y en esta confusión las acuchillan. Si notan superioridad en nuestras fuerzas hacen la primera descarga, que siempre es con fruto, y se retiran sin desconcertarse ni desunirse hasta que cargan sus armas, que lo hacen con mucha prontitud en la misma carrera. Vuelven entónces á hacer frente repitiendo la misma escena, causándonos iguales estragos si insistimos en atacarlos ó esperarlos; y por este orden siguen su retirada burlándose de nuestros esfuerzos, que serán siempre frustrados con esta especie de gentes. Juegan bien el sable: es muy fuerte y duro su brazo. ¹ »

En cuatro renglones explica el edecan del general Hugo, gobernador general que fué de la provincia de Guadalajara, la táctica y sistema de guerrear que tenían las *partidas* ó *guerrillas* españolas. El mismo sistema que siguieron los mamelucos de Mouran-Bey en Egipto contra las tropas del general Bonaparte; y el que acostumbraron usar los árabes de Abd-el-Kader contra los franceses en la conquista de la Argelia.

Para poseer profundamente la historia de la guerra de guerrillas españolas, debe acudirse al depósito de la guerra en Paris, y leer atentamente todos los par-

¹ Lo creo bien que lo serian. Eran los brazos de los cavadores de viñas de la ribera del Duero: hombres duros y esforzados en extremo.

tes oficiales y Memorias científicas que dirigieron los mariscales y generales que hicieron la guerra á las guerrillas, y especialmente á las de Navarra, Cataluña, las Castillas, Asturias y Galicia. Del exámen de tan preciosos documentos, el gobierno frances sacará más provecho que el que pueden suministrarle los que el conde de Pallicao pidió al gobierno español, y las hojas de servicio que éste le remitió de los generales Mina, *el Empecinado*, etc., que son como la carabina de Ambrosio, como vulgarmente decimos, tratándose de estudiar y trasplantar el sistema de *partidas* en territorio frances. En su casa y sus archivos tiene el gobierno de la Francia el rico semillero que puede desear y buscar sin necesidad de acudir á la ajena.

Si el pueblo frances no quiere humillarse hasta el extremo de pasar por las *horcas caudinas*, y mirando por su dignidad y honor nacional trata de un levantamiento general, á imitacion del pueblo español en 1808, y hacer la guerra de exterminio contra la invasion extranjera, creando y organizando las *partidas de guerrillas*, tiene un excelente *plantel de guerrilleros* en los *árabes* de los desiertos argelinos y *Saphis* que han desembarcado en el puerto de Tolon, de aquella procedencia, para que embebidos en las *partidas* hagan la guerra de guerrilleros á caballo, como tan acostumbrados á hacerla con la misma maestría en los desiertos de su patria.

Los batallones de francos tiradores y móviles voluntarios que se han formado y organizado en Francia, están muy distantes de parecerse á las *partidas de guerrillas* que produjeron en España aquellos portentosos resultados. Estos nuevos batallones de creacion moderna, pueden considerarse más bien como

guerrillas auxiliares de los ejércitos en campaña, que como una milicia nueva (*las guerrillas*), inspirada por la más urgente necesidad, no conocida sino en España desde el tiempo de los romanos y los árabes. Los francos y los móviles no pueden causar los mismos efectos que *los Empecinados*. Las guerrillas españolas eran unos *corsarios terrestres* que campaban por sus respectos, y sólo en su territorio. Luégo que estén aclimatadas las *partidas* ó *guerrillas en Francia*, pueden embeberse en ellas los soldados de los batallones de francos tiradores y móviles voluntarios, y engrasar las partidas como infantería, y formar y organizar divisiones y aun ejércitos, como sucedió y se hizo en España, por Mina, Ballesteros, Morillo, Porlier, *el Empecinado*, Manso, Villacampa, Longa, D. Julian Sanchez, etc., etc. De estos *núcleos* guerreros, salen los verdaderos genios militares y los completos generales de campaña.

CAPÍTULO IV.

D. Gerónimo Merino, cura de Villoviado. — Modelo que imitar, como partidario. — Algunos de sus hechos en 1809.

Los jefes de guerrillas ó de partidas, se componian en principios de 1809, generalmente hablando, de hombres *burdos*, pero esforzados y sin instruccion, que algunos de ellos no sabian materialmente leer y escribir. Valientes sin segundos, sin temor á la muerte, ni aprension á los peligros, se arrojaban á la pelea, desafiando al enemigo que, con sus crueldades y se-

veras providencias, los condenaban á morir en un afrentoso patíbulo, como á bergantes y asesinos. Su tema obligado era el pelear y matar franceses.

Bien pronto se vió en aquellos mismos hombres *burdos*, operar una súbita revolucion en sus modos de conducirse, tanto en el trato social como en sus deseos al órden y organizacion de sus partidas. ¿En qué consistió este fenómeno y repentina mudanza? Yo, que lo observé de cerca, puedo explicarlo. Consistió en algunas personas sábias y entendidas en manejos de los negocios públicos, honrados y buenos patriotas, que supieron acercarse á los hombres *burdos* y les hicieron comprender que no bastaba el saber vencer al enemigo con el sable en la mano y aisladamente; que habia ademas otros medios científicos con los que se llegaba al complemento de los triunfos militares en escala mayor. Les hablaron de la estrategia y de la organizacion y disciplina militar. Aquellos hombres *burdos* eran valientes, y por consiguiente dóciles en oír los buenos consejos y la razon de los hombres que sabian más que ellos, y los recibieron con docilidad y se dejaron guiar: el que no sabia leer y escribir lo aprendió, y á *pensar*, en medio del estrépito de las armas.

Entre los *burdos* se podia contar el cura de Villaviado, que no sabia sino leer y escribir escasamente. Pertenecia á los curas que en Castilla la Vieja llaman vulgarmente *un clérigo de misa y olla*. Jamas habia leído un libro, como me lo confesó varias veces. No sabia más que decir su misa á sus feligreses, y cazar con su escopeta, que lo hacia con perfeccion.

Emboscado con tres compañeros, cazadores de profesion, se ocupaban en matar franceses, como si se

ejercitasen en cazar lobos y jabalíes. Una casualidad le hizo relacionar con un particular acomodado de Búrgos, hombre ilustrado y consumado en el manejo de los negocios públicos, como diré más adelante. Merino le llamaba desde entónces su *director corporal*. En efecto, él le sacó de las selvas, le principió á *desbastar*, y le puso en evidencia ó accion pública. Como en este capítulo debe tratarse á menudo de este personaje, se le conocerá con el título de *Director*, con el que le bautizó el mismo cura de Villoviado.

Este, atropellado en su persona por la soldadesca enemiga¹ en el mismo altar de su parroquia, en el acto de celebrar la misa, le sacaron violentamente con sus ornamentos ó vestiduras sagradas de sacerdote para llevarlo de bagaje y cargado como acémila, é irritado por semejante sacrilegio salió á campaña en principios de 1809, lleno de ira y deseos de venganza, y le siguieron otros tres compañeros á un monte inmediato á Lerma; se emboscaron y principiaron á matar franceses con sus malas escopetas: eran cuatro y todos cazadores, que no erraban tiro.

El historiador D. Antonio Pirala, en su bien escrita *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista*, que publicó pocos años despues de terminada aquélla, en el tomo primero, inserta una sucinta biografía del guerrillero D. Gerónimo Merino, cura de Villoviado. En la reimpression de la expresada historia, hecha en el presente año de 1870, nos da estampada la verdadera efigie ó retrato de dicho cura, tal

¹ Probablemente aquellos soldados debieron ser *protestantes*, que militaban en las legiones extranjeras del Norte como auxiliares del ejército de Napoleon, como alemanes, prusianos, westfalianos, etc., que odiaban de muerte á los sacerdotes y en general á todos los católicos.

como era en tiempo de la guerra civil carlista, ó en su vejez. Hablando el historiador Pirala del atropello que sufrió Merino de parte de los franceses en principios de 1809, causa primordial de haberse convertido de cura párroco en guerrillero, se expresa en estos términos:

«La invasion francesa decidió del porvenir de Merino. El 15 de Enero de 1809 descansó en Villoviado una compañía de cazadores. Para seguir á la mañana siguiente su marcha á Lerma, pidió bagajes, y no pudiéndose completar el número necesario, se llenó con las personas del pueblo, embargadas para servir de acémilas. No se libró Merino de disposicion tan humillante, y fué cargado con el *bombo, los platillos y otros instrumentos de la música*. Al llegar á la plaza de Lerma, los arrojó al suelo con encono, y poniendo los dedos en cruz, dijo á los franceses: — *Os juro por ésta que me la habeis de pagar*.

«Algunos culatazos fueron la contestacion á esta amenaza, cuyo sentido comprendieron. *Y cumplió su amenaza.*»

Por aquel tiempo llegó á Búrgos el presbítero Peña, procedente de Sevilla, nombrado por la Junta Central comisario regio para la creacion y organizacion de las *partidas de guerrillas* en Castilla la Vieja, conforme al decreto de 28 de Diciembre de 1808. Peña llevaba carta de D. Martin Garay, secretario de la Junta Central, para el Director, de quien era muy amigo.

El Director conoció desde luégo que Peña era un hombre de cortos alcances y el ménos á propósito para el desempeño de comision tan importante, y le recomendó se mantuviera retirado en su casa y sin hablar con nadie. Escribió á su íntimo amigo el abad de Ler-

ma D. Benito Taberner¹, llamándole con toda urgencia á Búrgos: acudió al instante al llamamiento del Director, y éste le reveló el secreto y la necesidad en que estaba de dar principio á la organizacion de las guerrillas, y que como abad mitrado de la colegiata de Lerma, y prelado del cura de Villoviado, que sabia estaba alzado y en armas en las sierras y pinares de Quintanar, convenia que le citase á una reunion patriótica. El abad cumplió exacta y lealmente su palabra, se vió con Merino, y quedó acordada la reunion que debia verificarse en el convento ó monasterio de benedictinos de San Pedro de Arlanza.

El Director y el comisario de la Junta Central marcharon á Lerma, y el dia siguiente, acompañados del abad Taberner, se encaminaron á Covarruvias á la casa del abad de aquella colegiata, á quien se inició tambien en el secreto. Todos juntos subieron al monasterio de San Pedro, que dista media legua de Covarruvias, y el abad benedictino los recibió con el mayor cariño; igualmente se le inició en el secreto de la propaganda, é inscribió en la lista de la asociacion patriótica. Poco despues, se presentó Merino, dejando en el bosque su escasa partida.

Reunidos los seis individuos en la sala abadial del monasterio, el comisario regio Peña leyó el decreto de la Junta Central y su credencial. El caballero Director propuso todas las medidas que convenia adoptar para el mejor éxito de la empresa, ofreciendo extender un reglamento. Juraron todos guardar el mayor secreto, y se disolvió la Junta. Esta fué la primera y más solemne reunion insurreccional contra los franceses, que

¹ Que más adelante fué obispo de Solsona, donde murió.

se celebró en Castilla en principios de 1809. Aquí dió principio realmente la vida formal del *guerrillero* don Geronimo Merino, cura de Villoviado. No teniendo este partidario sino veinte hombres, de los que sólo quince montados en malos jacos, que le dió su amigo y compañero *el Empecinado*, le pidió al Director le proporcionase algunos caballos.

El Director regresó á su casa de Búrgos, é inmediatamente formó una Junta patriótica, compuesta de tres individuos solamente. Un rico y honrado labrador, un fraile mercenario, y un capellan del hospital de la Concepcion, personas todas de la mayor confianza.

Despachó el Director al comisario regio la Peña para Sevilla, con una corta Memoria para Garay, en la que le manifestaba cuanto se habia hecho hasta entonces, lo convenido en la reunion de San Pedro de Arlanza y con Merino, el nombramiento de la Junta de Búrgos, y los planes que estaban acordados para lo sucesivo. Pidió á Garay que la Junta Central nombrase á Merino teniente coronel comandante de la *partida de guerrilla* de la sierra; y que se le enviase al mismo en comision, un comandante de caballería de ejército, que fuese buen táctico en el arma, un capitán y varios sargentos instructores, para formar una academia de oficiales, de sargentos y cabos.

Ademas de la Junta de Búrgos, formó el Director otras en las cabezas de partido, como en Roa, Aranda de Duero, Lerma, Salas de los Infantes, etc., y les excitó á que pidieran por via de préstamo las sumas que buenamente quisieren adelantar los labradores acomodados, el clero, el comercio y los particulares, para el santo y patriótico fin que se deseaba. La Junta de

Búrgos reunió de los labradores y pudientes veinticinco mil duros, habiendo dado el Director de su bolsillo diez mil reales, y el labrador rico presidente de la Junta dos mil duros. Las otras juntas de la provincia, reunieron otros veinte mil duros.

El Director llamó al albéitar Arija, hombre inteligente en su profesion y buen patriota, y le encomendó por de pronto y de su cuenta comprase tres docenas de caballos de confianza y de mediana altura ó alzada, en Búrgos ó sus inmediaciones. Parte comprados á los mismos franceses y parte de personas acomodadas de la misma ciudad, Arija reunió cincuenta caballos, con sus respectivas monturas, y quince dias despues el cura ó sus delegados los recibieron en la sierra perfectamente enjaezados, con un sable y dos pistolas en cada uno. Arija envió ademas á la partida un excelente albéitar gascon, y mucho herraje. El mismo Arija despachó comisionados al valle de Buron, Valladolid, Segovia y Avila, que compraron y remesaron á la sierra de Búrgos otros ochenta excelentes caballos con sus monturas, que marcharon por pequeñas secciones.

Las juntas patrióticas de Aranda, Roa y Lerma, estimularon á la juventud á que se presentasen como voluntarios á la *partida* del cura Merino. La de Lerma hizo tales esfuerzos, que se presentaron sesenta jóvenes, y se alistaron en la villa y pueblos inmediatos. El escribano D. Ramon Santillan, el abogado D. Felipe Herrera y el abad mitrado de Lerma, componian aquella Junta patriótica, sin más empleados y sin que costase un maravedí al erario público.

El escribano Santillan tenia un hijo, de gallarda presencia, estudiante en derecho, muy aprovechado

jóven, y lo alistó su padre de voluntario de caballería en la partida de Merino. Se llamaba como su padre Ramon Santillan¹. Con este jóven, salieron á campaña de la villa de Lerma, como voluntarios, Julian de Pablos, Eustaquio de San Cristóbal, Antonio de Anton, Lara, Sancha, Páramo y otros bizarros jóvenes, que luégo fueron todos capitanes distinguidísimos del regimiento de húsares de Búrgos, en que se convirtió la *partida* de caballería de D. Gerónimo Merino, cura de Villoviado.

Con las nuevas compras y remesas que le hizo á este jefe la Junta de Búrgos, y las muchas presas de caballos que hizo Merino, al mes y medio de la celebracion de la reunion de San Pedro de Arlanza ascendia la partida á trescientos caballos, montados por otros tantos ginetes, jóvenes y gallardos.

Pasaba esto á mediados del mes de Marzo de 1809; y deseando la Junta de Búrgos y el Director y el alma de la empresa, dar principio á las operaciones, le avisó á Merino la inmediata salida de correos que estaban detenidos allí, una berlina con un tesoro, y dos carros cargados de pólvora, escoltados por caballería. Apostado Merino convenientemente, y por sorpresa, los atacó, y despues de sostener un combate á arma blanca, se apoderó de los correos y de ciento y sesenta caballos.

A los pocos dias, apresó otro correo, con su escolta de cincuenta hombres de caballería. Ademas de las muchas é interesantes correspondencias, que incesantemente interceptó, en los dias 2 de Abril y 28 de Ma-

¹ Andando el tiempo, y bajo el reinado de Isabel II, fué ministro de Hacienda, senador del Reino, y últimamente gobernador del Banco Español.

yo, sostuvo en este último mes diferentes encuentros y combates, que le hicieron temible al enemigo.

En el camino real de Búrgos á Lerma encontró dos carros cargados de pólvora, escoltados por cuarenta franceses de caballería, que fueron muertos por los brazos duros de la partida de Merino; de cuya infausta suerte, noticiosos los que estaban de guarnición en Lerma, huyeron de la villa, á la de Aranda de Duero, que tenía guarnición más numerosa.

A principios de Julio, con sólo cuarenta caballos represó en las inmediaciones de Espinosa de Cervera una carretería de trigo robada en Quintanar de la Sierra, con la muerte de veinte dragones y algunos infantes.

Fueron tantas las presas que hizo y correos que interceptó, que los franceses no se atrevían á pisar las calzadas de Aranda de Duero y Valladolid, sin ir acompañados de fuertes convoyes y grandes escoltas. Los mismos daños experimentaban en toda Castilla los franceses, y en la misma época, de Mina, *el Empecinado* y demas partidarios.

Esto llamó seriamente la atención del emperador Napoleon, abrumado por tantas quejas como elevaban á S. M. I., pidiendo remedio radical que atajase los males, los generales Reylle, Hugo, Belliard, Kellerman y otros. El emperador ordenó que tres columnas fuertes de quince á veinte mil hombres cada una, ocupasen militarmente y desde luégo las guaridas de las partidas de Mina en Navarra, *el Empecinado* en la Alcarria, y el cura de Villoviado en las sierras de Búrgos y Soria.

En consecuencia de órdenes apremiantes de Napoleon, se encargó Reylle de perseguir á Mina en Navarra, el general Hugo al *Empecinado* en la Alcarria, y

los generales conde de Dorsenne, Kellerman y Roquet á Merino en las sierras de Búrgos y Soria.

Con esta tercera columna de quince á veinte mil hombres, el general Roquet ocupó militarmente las sierras de Quintanar y Soria, colocando fuertes guarniciones en los pueblos granados de la sierra, y formando columnas móviles, que las recorriesen, y los desfiladeros. El general Roquet tomó la direccion de las divisiones.

El cura Merino, que se halló con tan repentina y fuerte invasion, y ocupado el corazon de la sierra de numerosas columnas francesas, se sobrecogió y amilanó, y escribió al Director que no podia sostenerse en la sierra, y habia determinado trasladarse con su partida á tierra de Aragon, país que él no conocia. El Director le disuadió de semejante plan, que seria su ruina, aconsejándole permaneciese firme y á toda costa en los pinares de la sierra, subdividiendo su fuerza en pequeñas secciones y al abrigo de las montañas, sin entrar en poblado y durmiendo á la inclemencia, observando la mayor vigilancia.

Las columnas móviles recorrían las sierras, y las *partidas* se trasponían de unas en otras montañas con buenos guías y sin que el enemigo se apercibiese de los movimientos que ejecutaban, y jamas pudieron encontrar rastro del paradero de Merino, ni de su partida, por el patriotismo, fidelidad y secreto de los serranos.

Al cabo de unos dias, supo el Director que los franceses disponían en Búrgos un gran convoy destinado al sitio de la plaza de Ciudad Rodrigo, consistente en ciento y diez y ocho furgones y otros carros militares, cargados de pertrechos y municiones de guerra, que

debían caminar lentamente por la carretera de Valladolid, y se lo participó á Merino. Consiguiente á este aviso, el cura de Villoviado despachó toda su partida por secciones á los pinares de Segovia y Coca, quedándose únicamente él en la sierra, con veinticinco caballos escogidos, y se hizo el visible á los franceses, recorriendo y alarmando á las guarniciones y á las columnas, dando avisos por sus agentes y las justicias de los pueblos pequeños, los partes de su existencia, según mejor le convenia. Llamó á su lado cincuenta seranos con sus escopetas, cazadores de profesion, y con ellos se tiroteaba con las columnas móviles, en lo más agrio de la sierra, y aun las fatigaba, mataba y heria en aquellas fragosas montañas, sin que él y su gente recibiesen lesion.

Por fin recibió Merino el último aviso de la salida del convoy, y la corta escolta que llevaba. En el instante abandonó la sierra, con el mayor sigilo, y se reunió con su partida, que la tenia emboscada en los pinares de Aguila Fuente, en la provincia de Segovia, á diez y seis leguas de la sierra de Quintanar.

Determinó hacerse dueño del convoy en Quintana de la Puente, en la calzada de Valladolid á Búrgos. Emboscó su gente, y á una señal convenida, arremetió á la escolta, que pasó al filo de su espada, sin que se salvara uno que lo contara. Así perecieron ciento sesenta soldados de caballería, de que constaba la escolta del convoy, y sin que perdiese su partida un solo soldado.

Restaba lo más difícil y penoso: la salvacion de los cuantiosos y preciosos efectos de que constaba el cargamento. Con sus soldados, hizo venir á los habitantes de los pueblos inmediatos, y todas las caballerías



con sus albardas y arreos; y ayudado por los vecinos de Quintana de la Puente, principió la descarga de los barriles de pólvora, y colocando en cada caballería dos barriles, los dirigió con escolta á los conventos inmediatos, para depositarlos en ellos por de pronto. Todas las caballerías de tiro de los furgones, que pasaban de seiscientos caballos frisonos, se emplearon en la misma operacion, y mandó prender fuego á los carros de guerra, en los que hizo colocar los cadáveres de los soldados muertos, y los quemó. Los cañones, bombas y balerío de cañon, mandó que se enterrasen provisionalmente á las orillas del rio. En un dia con su noche se concluyó la operacion. Merino se presentó en la casa de ayuntamiento de Quintana de la Puente y dictó al secretario el parte que debia dar el alcalde al comandante militar de la primera guarnicion francesa, para cubrir la responsabilidad al pueblo: distribuyó los caballos de tiro, que de nada le servian, á los labradores de los pueblos que le habian ayudado; y todo el herraje de los furgones quemados, á los vecinos de Quintana de la Puente, ademas de algunos caballos frisonos para la labranza.

El cura de Villoviado con su partida dejó aquel teatro, y se fué á emboscar á los pinares de Segovia, á esperar el resultado de las noticias que recibiesen los franceses, de tan gran apresamiento, y envió confidentes á Peñafiel, Roa, Lerma, Aranda y á la sierra.

A los cuatro dias, supo que todas las tropas de la sierra habian abandonado sus guarniciones, y que reunidas en Aranda, marchaban á la ribera del Duero, con su general en jefe á la cabeza. Con este antecedente, informado al mismo tiempo Merino de la llegada de sus perseguidores á Sacramenia y Fuentidueña, y

que el general Kellerman al frente de dos mil infantes y trescientos caballos, habia llegado á Peñafiel, subdividió su partida en cuatro secciones y se colocó á retaguardia del enemigo con el mayor disimulo, y caminando de noche, se dirigió con toda celeridad, pasando el puente de Lavid, á la sierra de Quintanar.

El general Roquet se reunió á Kellerman en Peñafiel, permanecieron en aquella villa tres dias, sin poder adquirir noticias del paradero del cura de Villoviado, hasta que recibieron un parte del comandante militar del canton de Aranda de Duero, avisándoles que Merino y su partida se encontraban en el corazon de la sierra, sin saberse el camino por donde habian conseguido escaparse.

Los generales Roquet y Kellerman, en vista de semejantes noticias, celebraron consejo, con asistencia de los coroneles de los regimientos, y determinaron: que vista la imposibilidad de dar con jefe tan *astuto y hábil* como el cura Merino, y que no tendrian otro resultado las nuevas operaciones que se emprendiesen contra él en país tan escabroso, como era la sierra, y que las tropas estaban enteramente estropeadas y aburridas de tanta marcha y contramarcha, por terrenos tan montañosos y fragosos, determinaron dar otro destino á las divisiones reunidas, poniendo esta determinacion del consejo en conocimiento del general en jefe del ejército del Norte, para que determinase lo más conveniente. El conde de Dorsenne aprobó la determinacion del consejo celebrado en Peñafiel, y se disolvieron las divisiones, marchando las tropas á sus respectivos cantones.

Disueltas enteramente las divisiones que habian ocupado militarmente la sierra, como se ha visto en

la sucinta relacion que llevo hecha, y regresados los generales Roquet y Kellerman á Valladolid chasqueados por Merino, no les quedó más ganas de volver á la sierra á probar fortuna. Libre Merino de toda persecucion, pensó en nuevas empresas al frente de sus cuatrocientos caballos de excelente calidad, montados por ginetes esforzados y aguerridos.

El Director le avisó la inmediata salida de un edecan del ministro de la Guerra de Francia con pliegos interesantes del emperador para su hermano José y los mariscales de sus ejércitos en España. El 14 de Octubre de 1809, esperó Merino con su partida al edecan y su escolta entre Villazopeque y Villanueva de las Carretas, los sorprendió y se hizo dueño del edecan, de cuarenta y seis dragones que le escoltaban, de un birlocho en que caminaba, y una balija con la correspondencia del emperador y su ministro de la Guerra, sin haber tenido un herido. La balija se la remitió Merino sin abrirla y con la llave al Director. Contenia pliegos interesantísimos, y se la devolvió al instante al cura para que con un oficial de su confianza, y la minuta de oficio de remision, despachase la balija á la Junta Central por la via de Portugal.

Esta accion fué seguida por otra pocos dias despues, entre Torrequemada y Quintana de la Puente, con doscientos infantes y cuarenta caballos, que los arrolló y destruyó completamente, matando catorce de los primeros y seis de los segundos, haciéndose dueño del convoy de equipajes que conducian.

CAPÍTULO V.

Ultima accion victoriosa ganada por el cura de Villoviado en el año de 1809 contra una columna de caballería de la Gendarmería de la Guardia Imperial.

En el mes de Noviembre del mismo año de 1809 se alojó en casa del Director un coronel de la Gendarmería Imperial de caballería. Era un arrogante mozo, jóven de apreciable trato, é íntimo amigo del conde de Dorsenne, coronel general de la caballería de granaderos de la Guardia Imperial, y general en jefe del ejército del Norte, cuyo cuartel general estaba en Búrgos. El Director acostumbraba dar mesa en la suya á sus alojados de distincion. A los pocos dias, estando á la mesa con su familia y el coronel, se presentó la administradora de rentas de Barbadillo del Mercado vestida de serrana de lujo. Era esta señora jóven, bien parecida y fina en su trato; en una palabra, *la confidenta íntima del cura de Villoviado*.

Al coronel de gendarmes no le hubo de parecer saco de paja la serrana, y á los postres la principió á requiebrar con palabras dulces y amorosas, de que se hizo ella la desentendida. El coronel se marchó al alojamiento del conde de Dorsenne, que era en una casa principal en el paseo del Espolon, á tomar el café con su amigo como acostumbraba hacerlo todos los dias. Estando ya sola la serrana con el Director, éste la dijo: «Cuidado, señora, con el coronel frances que ha comido con nosotros: he oido los piropos que ha echado á usted, así como el sumo recato de V.: ambos son ustedes jóvenes, y él buen mozo, y no la digo á V. más:

nadie mejor que V. sabe los graves negocios en que estamos metidos con el amigo D. Gerónimo, y una indiscrecion puede comprometernos y comprometer la empresa». Ella entendió la indirecta y le contestó: «Señor don F., no tenga V. cuidado sobre el particular; no cambio á mi serrano por el mejor frances de este mundo; y si V. desconfia y teme de mí, en este momento me marcharé á Barbadillo». El Director la repuso: «Eso de ninguna manera; seria dar una campanada que nos comprometeria. Sólo exijo de V. prudencia y el recato que es debido en una mujer casada. Me alegro sobremanera de la venida de V. en las presentes circunstancias: se fragua en estos momentos algun plan diabólico contra la vida de D. Gerónimo ó la existencia de su partida».

«La presa del edecan y de la balija de la correspondencia de Napoleon; la interceptacion del convoy de municiones de guerra que iba para el sitio de Ciudad Rodrigo, que ha sido una gran pérdida para los franceses, y la ingeniosa y hábil manera con que se ha burlado D. Gerónimo del ejército entero que invadió la sierra, habiéndose visto los generales Roquet y Kellerman en la precision de tener que disolver ese mismo ejército, tiene furiosos al general conde de Dorsenne y al gobernador Solignac, y blasfeman contra el cura, y públicamente dicen que tienen que vengarse de ese canalla de *brigant* con coroná. He avisado esta novedad á D. Gerónimo, para que viva precabido contra toda asechanza».

La administradora le contestó: «Lo sé todo, porque me lo ha confiado D. Gerónimo, y precisamente vengo enviada por él para saber si ha podido V. descubrir los pormenores de esta trama, que tiene en mucho cuida-

do á D. Gerónimo». «No he podido dar hasta ahora con el hilo del ovillo, fué la respuesta del Director. Sólo por varias preguntas que me ha hecho el coronel de personas y pueblos de la sierra, he conocido que está enterado, sino de todos, á lo ménos de parte de los planes que traen entre manos. En V., su talento y la sagacidad de su sexo, consistirá el hacer desembuchar los secretos que sepa ese coronel fanfarron y de cortos alcances. A los postres me levantaré de la mesa para ir á mi despacho, y dejaré á VV. solos con mi mujer é hijos, que servirán á VV. de intérpretes». Así se hizo al segundo dia. El coronel, aunque muy enamorado de la serrana, no se atrevió á propasarse fuera de los límites que aconseja una buena educacion en presencia de la familia del Director, aunque á legua olia el tal coronel á cuartel, es decir, que habia sido soldado raso, careciendo de cultura.

El coronel dijo á la serrana que habia hablado de ella, de sus gracias y del traje de su tierra al conde de Dorsenne, y que éste habia manifestado deseos de verla. Es de advertir que Dorsenne era un vivo retrato del coronel, y si cabe todavía mejor mozo que él. Granadero de colossal estatura, hermoso de cara, como Alcibiades el griego, y tan afeminado como él, lleno de afeites en su rostro y cabellera, que fué la causa de su muerte. Olia á pino que trascendia; en una palabra, era un buen granadero de á caballo.

La serrana, más astuta que el coronel, eludió semejante proposicion, con sagacidad y talento, metiéndole en conversacion de su tierra y de las serranas. El coronel deseó saber de qué pueblo de la sierra era, y ella se lo dijo. «¿Barbadillo del Mercado está léjos de Ontoria del Pinar?» la volvió á preguntar. A la res-

puesta de que distaba cuatro leguas, y que se hallaba situado en el camino de Ontoria, por donde tenia que pasar, se puso muy alegre, y la manifestó la mayor complacencia del viaje á su tierra, ofreciéndole la serrana con la mayor finura su casa, y que esperaba la honraria con su presencia sin necesidad de pedir boleta al ayuntamiento. El coronel la preguntó si regresaria pronto á Barbadillo; le contestó ella que el dia siguiente, pues el objeto de su venida á Búrgos no habia sido otro que el de comprar algunas frioleras de modas para sí y algunas amigas. Fuera de sí de contento el coronel, la pidió una nota de su pueblo, los que se encontraban en su trásito, y las señas de su casa, pero sin preguntarla si era soltera ó casada, y la dió un fuerte apretón de manos por despedida. El coronel, como de costumbre, se marchó al alojamiento del conde de Dorsenne á tomar su taza de café.

El Director subió de su despacho á la habitacion de su familia, y habiéndole enterado ella del resultado de la conversacion, le dió un fuerte abrazo á la serrana.

Aquí vienen de perilla los hermosos versos cantados por el buen poeta D. José Bustillos en los bellos cantares á la *hermosa serrana*:

En la sierra eres nacida,
Y en la sierra estás criada:
Por eso, serrana hermosa,
Son tus partidas *serranas*.

El dia siguiente muy de mañana se puso en marcha la serrana de vuelta para su casa, llevando la buena nueva al cura de Villoviado de la próxima salida de la columna al mando del coronel de la Gendarmería. Aunque no se sabia el número de soldados de que

se compondria, el Director supuso que á lo ménos tendria la fuerza de mil y quinientos infantes y doscientos caballos, segun se lo envió á decir á Merino por medio de la serrana.

El cura Merino se vió con la administradora de Barbadillo del Mercado, y principió desde luégo á tomar sus disposiciones para recibir como era regular á la columna, cualquiera que fuese la fuerza de que se compusiese. Desde Barbadillo llamó á aserradores de pino, y marchando con ellos á la entrada del pinar por la parte que daba al camino á Ontoria, hizo aserrar los árboles de la entrada del pinar por el lado del camino de Barbadillo hasta doscientos pasos en cuadro. Los pinos, aserrados como dos terceras partes del tronco del árbol, de manera que se sostuviesen en pié y pudieran derribarse al instante á impulsos de los del hombre. En el interior del pinar, y á bastante distancia de la embocadura de él, escogió una cortadura que habia al pié de una loma y la circundó de gruesos pinos aserrados que sirvieron de parapeto á cincuenta tiradores, cazadores de profesion. Estas fueron las disposiciones que tomó.

El cura Merino se situó con su partida en los pueblos de Barbadillo del Pez y Barbadillo del Mercado, esperando el aviso que le comunicase el Director, acerca de la salida de la columna de Búrgos, mandada por el coronel de la Gendarmería.

El Director avisó por fin la salida de la columna el 20 de Noviembre de 1809, diciendo que se componia únicamente de trescientos caballos de sobresaliente calidad, y los ginetes que los montaban eran hombres escogidos entre la Gendarmería. El parte llegó á Barbadillo del Mercado el mismo dia por peatones apostá-

dos de distancia en distancia. Luégo que lo hubo recibido Merino, al anochecer, se trasladó á Ontoria del Pinar, y comunicó órdenes á las justicias de los pueblos inmediatos para que en el término de veinticuatro horas todos los hombres hábiles debían presentarse en Ontoria del Pinar, y hubo curas párrocos que con sus escopetas y sus feligreses varones con las hachas concurrieron puntualmente al llamamiento. Al mismo punto convocó á los cincuenta cazadores con sus escopetas que calzaban bala. Reunió en Ontoria cuatrocientos cincuenta paisanos que se alojaron en el vecindario, como si fuesen soldados, suministrándoles una ración de pan, carne de oveja, vino, queso y una peseta diaria por hombre.

La columna caminaba con lentitud á pequeñas jornadas de tres leguas diarias para no fatigar los caballos. El 25 de Noviembre llegó por fin la columna á Barbadillo del Mercado. El coronel se fué directamente á la casa administracion de rentas, que era la mejor del lugar. Subió precipitadamente la escalera, faltándole tiempo para arrojarse en brazos de su Dulcinea, que tal se imaginaba en la serrana. Esta le esperaba en los últimos tramos con su caro marido. ¿Pero cuál fué la sorpresa del coronel? Aquella serrana que vió y contempló en Búrgos, con su vestido de charra y su peinado al uso del país, con moño de picaporte, travestida en una señora hecha y derecha, su rodete y grandes bucles, su vestido de seda de dama, como la más copetuda hidalga de Búrgos ó Valladolid, acompañada de su marido, con frac y botas, como que acababan de regresar de la iglesia, como dia de fiesta, de oír la misa mayor con sermon. El coronel se retuvo, y no hizo más que saludar fria y secamente al

matrimonio, y en seguida pidió que le designasen y permitiesen entrar en la habitación que le tuviesen destinada, rehusando tomar el refresco y mantecados que se le ofreció por el marido. El coronel se encerró en su cuarto, reprimiendo cuanto pudo la rabia que le devoraba. Principió á dudar y aun sospechó un acto de mala fe. Mandó á su cocinero preparar la comida para sí, un comandante y dos capitanes; y estando dispuesta y servida comieron, y en seguida salieron á dar un paseo por el lugar, que lo hallaron tranquilo y á sus moradores muy afables y obsequiosos. Se retiraron del paseo, y el coronel se acostó muy temprano, encargando al alcalde le tuviera preparados para las cinco de la mañana siguiente dos bagajes mayores para sus maletas y las de los oficiales.

Miéntas tanto, la administradora quedó petrificada de la repentina mudanza del coronel y su brusco proceder, que lo atribuyó á ver desvanecidos sus planes é intentos amorosos, creyéndola soltera y capaz de complacerle en todos sus deseos. Cada hora despachaba y recibía un emisario de Merino que seguía emboscado en los pinares de Ontoria. Luégo que fué de noche se vistió su traje de serrana, y fuera del pueblo montó en una buena mula, y acompañada de un espollista se encaminó á Ontoria.

A la entrada del pinar se encontró con las avanzadas de la partida, y un piquete le acompañó á donde estaba el jefe cura Merino, que era en la loma y cortadura. Había en ella grandes fogatas, y cenaba la gente. Enterado Merino de que la columna salía de Barbadillo del Mercado á las cinco de la mañana, dispuso

EL PLAN DE ATAQUE.

Los cincuenta tiradores los colocó al pié de la loma en la cortadura, inmediato al camino de Ontoria, al abrigo de los pinos aserrados y colocados á manera de trincheras. Mandó apagar las fogatas, y ordenó guardar el mayor silencio. En seguida, á un cuarto de legua del boquete de entrada del pinar, emboscó á los cuatrocientos cincuenta paisanos con sus hachas y cuerdas, capitaneados por sus curas párrocos, mandándoles observar el mayor silencio. Con los mismos dejó un escuadron de caballería de su partida para que guardasen las inmediaciones del pinar y protegiesen á los paisanos que tenian que derrumbar los pinos que estaban casi aserrados de antemano en el boquete. Otros doscientos caballos los colocó detras de la loma. A media noche despachó á la administradora á Ontoria del Pinar. El cura montó á caballo y se encaminó á la entrada del Pinar y despachó á sus emisarios al camino de Barbadillo para que observasen desde léjos la marcha de la columna.

A las nueve llegaron el coronel y su columna á la entrada del pinar, con el guia que llevaban. El coronel mandó hacer alto á la columna. Sin duda debió imponerle el boquete y lo gigantesco de los pinos. Despues de un corto descanso rompieron la marcha.

El cura Merino, que estaba á bastante distancia emboscado en unas malezas en observacion de la marcha de la columna mirando con su anteojo, vió las últimas filas de Gendarmería, faltándoles que andar todavía media legua de la loma: salió de las malezas, y se marchó donde estaba el asistente con los caballos:

montó en su tordo, y se dirigió al sitio donde tenia escondidos sus cuatrocientos cincuenta paisanos y los doscientos caballos de su partida, y les hizo marchar al paraje donde tenia aserrados los pinos, y principió la operacion de derrumbarlos, valiéndose de sogas á los que resistian al impulso de los brazos; y al comandante del escuadron de los doscientos caballos le previno impidiese á todo enemigo que quisiese salir por aquella parte del pinar. Y el cura Merino en toda diligencia y á media rienda, se presentó en la loma. La columna de gendarmes no pareció por allí, hasta un cuarto de hora despues, que se vió por fin que se acercaban, cantando los soldados.

ATAQUE.

Luégo que estuvieron muy próximos, el primer tiro que se disparó fué el del cura Merino, que apuntó al coronel, que lo conoció por las grandes charreteras de canelones que llevaba, y le asestó un balazo en el arco del cuerpo: los oficiales que iban á su lado le sostuvieron para que no cayera del caballo. Los tiradores emboscados rompieron con sus escopetas un fuego graneado á la columna, y se introdujo la confusion con los que caian de los caballos. El coronel, herido y todo, cobró su serenidad ordinaria como valiente que era, y dió la órden de retirada por la izquierda del camino del boquete por donde habian entrado, y al trote largo y en formacion de cuatro en fondo, consiguieron salir del pinar. El cura Merino, con su escuadron de doscientos caballos escondidos á la espalda de la loma, se puso á perseguir á los gendarmes á tiros de carabina hasta la salida del pinar, pero sin ningun fru-

to. Iban reunidos doscientos sesenta gendarmes, selectos ginetes. A una legua del pinar hicieron alto, en orden de batalla, para que descansasen los caballos; mas Merino, que contaba con ménos gente que sus contrarios, no se atrevió á atacarlos hasta la llegada del escuadron que habia dejado en el boquete á la entrada del pinar, y que luégo de la pronunciada retirada de los gendarmes, mandó que avanzasen con toda diligencia por la izquierda fuera del pinar. Firmes los gendarmes, viéndose débil el coronel por lo mucho que desangró de su herida, é imposibilitado de continuar en el mando de la columna, determinó confiarla á su segundo, y con veinte gendarmes de los más ancianos, y heridos algunos, se retiró, dando para punto de reunion el monasterio de canónigos premostatenses de La Vid, en las márgenes del Duero.

A la hora y media de estar frente á frente Merino y la columna de gendarmes, y á bastante distancia, sin atreverse á atacar mutuamente, apareció repentinamente sobre el campo de batalla el escuadron de Merino que venia del boquete á reunirse con su jefe. Siendo ya Merino superior en número á sus contrarios, determinó continuar la lucha y admitir el desafío que le hacian los gendarmes. Mandó que sus soldados cargasen en guerrilla con sus trabucos, aproximándose al enemigo, descargasen sobre el escuadron aquellas sus ametralladoras (*los trabucos*), y se retirasen á las segundas filas, que seguirian haciendo la misma operacion de descargas trabuquiles. Estas descargas hicieron mucho daño al enemigo, que se mantenia impasible en su formacion, observando y admirando la nueva táctica militar de las guerrillas, que la ignoraban, y sus efectos destructores. Merino tenia

empleados en las guerrillas cincuenta soldados bajo la direccion de un teniente y un alférez, en tres líneas, que alternaban en sus fuegos de avances y retiradas, con trescientos cincuenta caballos en formacion y órden de batalla, á retaguardia de las guerrillas. A puro embestidas y metrallazos de trabuco, abrieron muchos portillos en el escuadron enemigo, tanto en hombres como en caballos: esto obligó á los gendarmes á abandonar su inaccion y á acometer por pelotones á los guerrilleros trabuquistas, y esta fué su perdicion. Los escuadrones de Merino, en masa y formacion, acometieron á los pelotones de gendarmes sable en mano, y se componian los soldados de hombres esforzados y duros de la ribera del Duero y de los lermehños; bien pronto dieron fin en detall de los desordenados pelotones de los gendarmes.

Se salvaron de la refriega quince gendarmes, dirigidos en su retirada por un sargento, que se encaminaron al punto de la cita, que era el convento de La Vid, que distaba del punto del combate ocho leguas: todos los demas gendarmes perecieron, por no haber emprendido con tiempo su retirada, confiados en la vana y orgullosa creencia de que tenian que habérselas con un puñado de guerrilleros, mandados por un cura, en presencia de gendarmes de la Guardia Imperial, montados en caballos escogidos y en campo raso.

CAPÍTULO VI.

El coronel de la Gendarmería, herido, consigue llegar al monasterio de La Vid y refugiarse en Aranda de Duero.

Miéntas sucedia esto á la columna de gendarmes, su coronel marchaba en retirada con los veinte hombres que le acompañaban, y á las ocho de la noche llegaron á la villa de Peñaranda de la Perra, y despues de haber dado un pequeño descanso y pienso á los caballos, continuaron su caminata por San Juan del Monte al monasterio de La Vid, al que llegaron á media noche. Apearon al coronel de su arrogante yegua, y le acostaron en la cama del abad, señor de Sanjuaneña, natural de Navarra. El cirujano del monasterio hizo la primera cura al coronel. El abad despachó á un lego, montado en una buena mula del convento, con un parte que le entregaron los nuevos huéspedes para el comandante militar del canton de Aranda de Duero, participándole la novedad y ordenándole que, con la mitad de su guarnicion se personase en el monasterio á salvar al coronel y los gendarmes que habian llegado allí.

Al amanecer del dia siguiente llegaron al monasterio de La Vid un sargento primero y los quince gendarmes que pudieron salvarse de aquella sangrienta y funesta jornada; siendo de advertir que aquel sargento era el secretario particular del coronel herido, militar muy instruido y muy querido del coronel.

A las nueve de la misma mañana, el comandante de armas de Aranda de Duero, se presentó en el mo-

nasterio al frente de doscientos infantes y cincuenta caballos y un médico cirujano de la misma villa. Éste reconoció la herida del coronel, y fué de opinion que no se podia poner en camino el herido, ni hacerle la operacion de extraccion de la bala, por la fuerte calentura del paciente, sin correr grave riesgo; por lo que determinaron continuar en el monasterio un par de dias.

A las dos de la tarde del mismo dia, se recibió en el monasterio un parte del comandante interino de armas de Aranda, en el que participaba al propietario que, en aquel momento habia recibido aviso de la llegada del cura Merino con su partida, al pueblo de Ontoria de Valdearados, y que una avanzada de caballería estaba en el lugar de Quemada, á tres cuartos de legua de Aranda: que en su consecuencia habia determinado reunir sus trescientos infantes de la guarnicion en las casas del ángulo de la plaza que dominaba el puente sobre el Duero, con víveres para una semana, y por las ventanas que caian al puente, impedir á todo trance se posesionasen de él, y cortar la retirada de la tropa que el dia anterior habia marchado al monasterio.

Este parte alarmó extraordinariamente al coronel herido y al comandante de armas, que justamente temieron ser cortados y atacados en el monasterio. En el instante mismo tomaron la determinacion siguiente: Formar una barricada con carros y vigas en el puente sobre el Duero, y colocar en ella cincuenta infantes que, favorecidos de los fuegos de las ventanas del monasterio, que estaban á quemarropa del puente, impidiesen á la partida de Merino arrimarse á él. Que una avanzada de diez húsares saliese para San

Juan del Monte en observacion del camino de Aranda, por la derecha del rio y todas las avenidas del monte del monasterio por aquella parte. Enviar otros cincuenta infantes á Vadocondes, y en su puente del rio Duero formar otra barricada como la del puente de La Vid, y que una partida de caballería de húsares y gendarmes, rondasen el camino de legua y media que hay del uno al otro puente, pues vado no le habia por ir el caudaloso rio muy crecido. Construir inmediatamente por los carpinteros del monasterio una camilla sólida, y que cincuenta hombres de las granjas de Guma y Zuzones, colonos del monasterio, alternando de punto en punto los conductores. Dispuesto todo en esta forma, al anochecer, retirados los cincuenta infantes de la barricada del puente, y los diez húsares de la avanzada de San Juan del Monte.

Al anochecer se pusieron en marcha los doscientos treinta y cinco hombres, llevando al coronel en medio en la camilla y en andas, remudando los hombres de cortos en cortos trechos. La cama del coronel la formaban: un buen jergon, dos colchones y tres almohadas, de manera que fuese el herido sentado. El comandante de armas de Aranda mandaba el convoy: el médico á caballo al lado de la camilla, y por el otro lado y en una mula el cirujano del monasterio: treinta y cinco gendarmes y cincuenta húsares de la guarnicion de Aranda iban de vanguardia, y ciento cincuenta infantes rodeaban la camilla. Llegaron en esta disposicion á Vadocondes, y no habiendo novedad se hizo alto y descanso, y se dió un refrigerio de pan, queso y vino á los granjeros y á la tropa. Como era media noche, el comandante del convoy dispuso que los húsares con un sargento se adelantasen hasta el puen-

te de Aranda, que distaba legua y media, á reconocer el camino y saber si en Aranda habia novedad, y con encargo al comandante militar interino tuviese dispuesto el alojamiento para el coronel en la mejor casa de la villa y una cama para el herido, y despachase seguidamente un húsar á Fresnillo de las Dueñas, avisando estar todo corriente. El convoy salió á media noche de Vadocondes, reforzado con los cincuenta infantes de la guarda del puente sobre el Duero. A las tres de la mañana llegó el convoy á Fresnillo, y allí recibió parte del comandante interino de Aranda, diciendo: que no habia novedad en aquella villa; que se ignoraba el paradero de Merino y su partida, habiendo desaparecido sus avanzadas de Quemada y Zazuar; que estaba dispuesto el alojamiento y cama en casa de D. Gavino Verdugo, el caballero principal de aquella poblacion, y que el convoy podia avanzar sin recelo ninguno y entrar en aquella villa, y que él al frente de toda la guarnicion los esperaria en la cabeza del puente.

Con tan lisonjera noticia, continuó el convoy su marcha, y á las cinco de la mañana llegó felizmente al puente de Aranda de Duero, donde fué recibido por la guarnicion, que acompañó al herido hasta el alojamiento que le estaba destinado: se le subió en la camilla hasta la alcoba y cama que tenian dispuesta.

El coronel herido mandó se gratificase á los granjeros con un duro á cada uno de su bolsillo particular; y despues de un ligero alimento que tomó el enfermo, todo el mundo se retiró á su casa dejándole descansar.

El dia siguiente, á las once de la mañana, el médico de cabecera, acompañado del otro médico titular,

pasaron á visitar al enfermo, que lo encontraron en el mejor estado, por lo que resolvieron que en el acto se procediese á la operacion de la extraccion de bala, que lo verificaron en el instante sin hacer padecer al herido, pronosticándole que ántes de un mes estaria en disposicion de montar á caballo y enteramente curado, como así se realizó.

Estas noticias se han sacado de los apuntes que escribió el médico de cabecera, que concurrió en persona á esta expedicion.

CAPÍTULO VII.

El Director es preso en Búrgos. — Se le forma causa criminal, y consejo de guerra que sufrió. — Su absolucion por unanimidad del mismo consejo. — Determinacion arbitraria del general en jefe, conde de Dorsenne, para deportarlo como reo de Estado al castillo viejo de Bayona.

Despues del suceso sangriento de Ontoria del Pinar, y vuelto el cura Merino á su guarida, el Director permanecia muy tranquilo en su morada de Búrgos ideando el mejor medio de proporcionarle nuevos triunfos al cura, y desenvolver sus nuevos planes en escala mayor.

Cuando ocho dias despues de la llegada del coronel de gendarmes á Aranda de Duero, el prefecto de la provincia de Búrgos por el rey José, D. Domingo Salcedo, por una oscura y fria noche se encaminó al barrio de Vega y llamó en la casa del Director, y con muchas precauciones, se hizo conducir á su despacho.

Bajo toda reserva le manifestó que el conde de Dorsenne le habia llamado á su posada, y como abogado y autoridad superior civil, le consultó el caso siguiente: Haber recibido un pliego del coronel de la Gendarmería Imperial, escrito desde Aranda de Duero, y últimamente derrotado en la Sierra y pinares de Ontoria por el guerrillero cura Merino, y que tenia sospechas vehementes de que el Director, de acuerdo con el mismo cura y la administradora de rentas de Barbadillo del Mercado, era autor de la tramada derrota, segun los antecedentes que manifestaria en la declaracion escrita que se le pidiese por el tribunal civil y militar. Y consiguiente á estos antecedentes debia proceder el conde de Dorsenne á la inmediata prision del Director, del administrador de rentas de Barbadillo del Mercado y de su mujer. Que el conde de Dorsenne, sin embargo de ser un amigo íntimo del coronel herido, y no queriendo cometer una arbitrariedad, le consultaba el caso como á abogado. El prefecto Salcedo, enterado de todos los pormenores, le habia aconsejado al conde que no debia en manera alguna acceder á la peticion del coronel de gendarmes, sólo por sospechas y sin tener ninguna prueba en apoyo de su denuncia; y que su demanda se tomaria como un pretexto para cohonestar la derrota sufrida por su columna; y que con un procedimiento semejante el conde cometeria un acto de arbitrariedad y atentado contra la seguridad personal, máxime tratándose de un sujeto que gozaba del mejor concepto y tan relacionado en la ciudad. Le añadió el Sr. Salcedo que el conde se habia conformado con este parecer, y se habia parado por de pronto el golpe, esperando el conde el restablecimiento del coronel de la Gendarmería

y su regreso á Búrgos, para oír de su boca los informes más minuciosos de acontecimiento tan ruidoso. Que le daba como buen amigo esta prueba de amistad verdadera, y le aconsejaba tomase las medidas necesarias para no ser sorprendido. D. Domingo Salcedo, natural de Palencia y buen abogado, habia admitido aquella prefectura por carecer de fortuna y no ganar nada en su profesion, por las circunstancias calamitosas, y poder alimentar á su familia; por lo demas, su corazon y sentimientos eran los mismos que los del Director, y jamas pude saber si secretamente estaban de acuerdo en los planes insurreccionales que traia entre manos el primero con el cura de Villoviado, aunque por convencimiento estaba persuadido que lo estaban, y que el Director no podia estar instruido de los secretos más íntimos de cuanto hacian ó intentaban los franceses, y de sus movimientos sino por el prefecto.

A los pocos dias de este incidente, ocurrió la llegada á Búrgos de un abogado llamado D. T. de la B., natural de la villa de C. en la Rioja, procedente de Sevilla, que habia sido empleado en la secretaría de la Junta Central y encargado del despacho de los negocios políticos de las provincias de Castilla la Vieja. Por su buen personal, su claro entendimiento y buen despacho, gozaba de la confianza del secretario de la Junta D. Martin Garay. Siempre ignoré la causa de haber descompadrado este individuo con Garay y la grave de su desercion al campo del rey José, aunque por entónces se decia en Búrgos que el verdadero motivo que tuvo el D. T. de la B. para haber abandonado su destino y regresar á su provincia fué el desbarajuste que vió en la Junta de Sevilla, su re-

pentina traslacion á Cádiz y los triunfos de los franceses, y particularmente en el mediodía de España.

Lo cierto y verdadero fué que en aquellos dias tan críticos, como letrado travieso y no de buen corazon, ni conciencia, sabedor sin duda de las intenciones del general en jefe, conde de Dorsenne, se presentó á él, y manifestó estar instruido del grave suceso de Ontoria del Pinar, la derrota y herida del coronel comandante de aquella columna. Que él acababa de llegar de Sevilla donde habia sido empleado en la secretaría de la Junta Central y encargado del despacho del negociado de Castilla la Vieja, y que nadie mejor que él podia informar á S. E. de todos los pormenores de los medios secretos que impulsaban la insurreccion brigantesca de aquellas provincias y los autores que la promovian. El conde de Dorsenne le aplaudió sus buenos deseos, y le animó con promesas á que desembuchara sus secretos. El delator dijo que el móvil de todo era el Director, que residia en Búrgos, y desde aquella ciudad dirigia todas las operaciones insurreccionales de Castilla la Vieja. El conde le preguntó si era cierto cuanto le manifestaba. El abogado le contestó afirmativamente. «En ese caso, tráigame V. por escrito y con su firma cuanto me ha dicho de palabra». El conde le añadió: «Si los hechos son ciertos y se justifican en parte, cuente V. desde luégo con una buena colocacion en la judicatura ó en el ramo de hacienda por S. M. el rey José». El mismo dia le llevó el abogado la delacion escrita y firmada.

Pocos momentos despues, destacó el conde de Dorsenne á la casa del Director, que vivia en el barrio de Vega y calle de la Calera, á un coronel y tres oficiales de estado mayor, con cincuenta gendarmes, y un co-

misario de policía español y diferentes agentes del ramo, para proceder al arresto de la persona del Director, su incomunicacion absoluta, y sellar todos los papeles, poniéndole dos gendarmes de vista, y los restantes debian custodiar la casa.

El siguiente dia y tres despues, el comisario de policía español, con empleados tambien españoles, y un comandante frances y tres oficiales de estado mayor, procedieron á levantar los sellos, y al exámen de los papeles, que eran muchos, pasándolos todos por el calor del fuego y los reactivos químicos, que á prevencion llevó un boticario frances, y á pesar de tan exquisitas diligencias y manipuleos, nada apareció en ellos, escrito con tinta simpática, ni en cifra. Volvieron á sellar los papeles y se marcharon.

Al anochecer del inmediato dia, se presentaron en casa del Director arrestado, el comisario de policía y un capitan de gendarmes en un coche, é hicieron meter en él al Director, y colocado entre los dos y escoltado por cincuenta gendarmes, y echados los cristales, le condujeron á la cárcel pública, encerrándolo en un calabozo, con dos gendarmes de guardias de vista.

Inmediatamente se dió principio á la formacion del proceso, por un capitan de infantería italiano, sumamente instruido, como abogado y doctor en derecho.

Al principiarse la sustanciacion de la causa, envió el conde de Dorsenne una columna de mil infantes y doscientos caballos á Barbadillo del Mercado, á prender al administrador de rentas y su mujer, que no los hallaron, por haber desaparecido del pueblo doce dias ántes.

El proceso fué corto, porque el fiscal militar puso la mayor actividad y empeño en su conclusion, habiendo

tenido pocas declaraciones que tomar. Su conclusion fiscal, fué más bien una defensa del presunto reo, que una acriminacion, por la falta de pruebas.

Puesto en comunicacion el Director, la mitad de la poblacion fué á visitarle, siendo la cárcel un verdadero jubileo. El cabildo, los caballeros, los pudientes y el comercio, no dejaron por mover toda su influencia y amistad cerca de los jefes franceses para libertar al preso. La Junta patriótica, creada por el Director, movia cielo y tierra á su favor, por medio del clero y los pudientes, declarados en verdaderos defensores de la patria. Era un furor de fanatismo político.

Se reunió el consejo de guerra, ante el cual se debia ver el proceso, y ante un concurso numeroso, en el que se veian todos los generales franceses que habia en Búrgos, y lo más selecto de la guarnicion y de la poblacion de la ciudad. El Director nombró para su defensor al teniente coronel Fajols, militar muy instruido, natural de Tolosa de Francia, y secretario del mariscal Bessieres, duque de Istria, que accidentalmente se encontraba en Búrgos, muy amigo del Director, y muy poco afecto al conde de Dorsenne. El consejo de guerra por su parte, nombró al rico comerciante de lanas merinas en Búrgos, D. Miguel de Pedrorena, intérprete del consejo, por ser sujeto muy versado en el idioma francés.

El fiscal leyó su acusacion. El teniente coronel hizo una brillante defensa oral del encausado; y el Director, presunto reo, ocupó con la suya una hora entera, cautivando al auditorio por su lógica y contundentes razonamientos, que fué muy aplaudido, y en singular por el teniente general Tiboault, muy versado en la lengua castellana. Se mandó retirar al reo á una pie-

za separada, á su defensor é intérprete, y evacuar la sala del consejo del numeroso auditorio, para que los jueces ó el jurado deliberase. Despues de una hora, recayó el fallo declarando no culpable, y con arreglo al código criminal frances, debia ser puesto en libertad el Director.

A prevencion, recibió el coronel presidente del consejo de guerra, una comunicacion del conde Dorsenne, en la que se le prevenia que, en el caso que recayese sentencia absolutoria, el Director debia volver á la prision, como así se realizó. Este acto de arbitrariedad y despotismo disgustó mucho á los mismos miembros del consejo, é irritó á todos los franceses, y en particular á los generales Tiboault, Darmagnac y Solignac, este último gobernador de la plaza de Búrgos, y muy amigo del Director. En alta voz dijeron que era un acto de indignidad el que se cometia, con la retencion en la prision, de una persona absuelta por unanimidad por un consejo de guerra, con arreglo al código Napoleon. Semejante proceder, contribuyó un año despues poderosamente á la destitucion del general Dorsenne y ser reemplazado por el duque de Istria en el mando supremo del ejército del Norte.

Al amanecer del dia siguiente á la celebracion del consejo de guerra, llevaron una berlina á la puerta de la cárcel pública, bajaron de la prision al Director, y le metieron en el carruaje, acompañado de un capitán de gendarmes, y echaron á andar por la calzada de Francia, escoltada por dos escuadrones de caballería. Pararon á comer en el parador de Briviesca, cuyo dueño era el Sr. Pancorbo, amigo del Director. Como éste habia sido arrancado de su hogar violentamente, con lo puesto y hasta sin sombrero, le facilitó Pancorbo *cin-*

cuenta onzas de oro, un sombrero y una buena capa para abrigarse del excesivo frío de la estación. En Victoria mudaron de escolta, llevando mil quinientos infantes y cincuenta caballos, hasta Irun. Siguieron hasta Bayona, donde fué encerrado el Director en el castillo viejo, en compañía del capuchino guerrillero D. Juan Delica, el general Errasti, gobernador y defensor de la plaza de Ciudad-Rodrigo, y el brigadier Perona, procedente de Cataluña, que estaban en el castillo viejo desde ántes de la llegada del Director.

Hasta aquí están apuntados los pormenores de la fundacion de la partida de la guerrilla del cura de Villoviado en 1809, y los hazañosos hechos en aquel año; no habiendo correspondido en los sucesivos, los que ejecutó en el primero, porque le faltaron *el genio, la direccion y el alma de aquella empresa*. Es cierto que despues aumentó considerablemente su partida, en número y calidad, que supieron organizar con esplendor los comandantes Blanco y Angulo: el primero, el regimiento de caballería de húsares de Búrgos compuesto de ochocientos caballos perfectamente equipados; y el segundo, el regimiento de infantería de Arlanza de dos mil plazas. Pero tambien es constante que el cura Merino se entregó despues al boato militar de un brigadier al frente de una hermosa brigada, y á la molición y goces que le proporcionaron el fausto y ostentación en el territorio que dominó en Castilla la Vieja.

Los gloriosos hechos del apresamiento del convoy de municiones que dirigian los franceses para la conquista de Ciudad-Rodrigo en Quintana de la Puente; la interceptación de la interesante balija, con el edecán del ministro de la Guerra de Francia, de que era portador, le valieron el empleo de coronel efectivo, y

poco despues el de brigadier de los reales ejércitos, por la derrota de los gendarmes en Ontoria del Pinar.

El Director, luégo que volvió de su deportacion de Francia, ya achacoso y triste, por los sinsabores que le atrajo su amor á la independendencia y la libertad de la nacion, murió en Aranda de Duero en 1814, dejando á su familia sumida en la desgracia.

Los hechos históricos narrados en los capítulos que anteceden, pueden servir de enseñanza y aprovechamiento, para los que en lo sucesivo se propongan formar y dirigir una *partida de guerrilla*, en defensa de la libertad é independendencia nacional, contra toda invasion y dominacion extranjera.

En los siguientes capítulos, copiaré algunos preceptos útiles del cura Merino, que le sirvieron para organizar y conservar su partida, y con ella ejecutar los señalados hechos que tanta nombradía le dieron en sus operaciones guerreras en 1809, en España y en las naciones extranjeras.

CAPÍTULO VIII.

Preceptos útiles que conviene los tengan presentes las comisiones de armamento y defensa de los departamentos de Francia, para la creacion y organizacion de las partidas ó guerrillas.

Francia, al levantarse en masa contra la agresion extranjera, lo hará para defender su honra, su hogar y su patria; contra los alemanes y prusianos, que han invadido el suelo frances, por su interes y su engrandecimiento.

Instruido en la teoría y práctica de la guerra que hicieron las *partidas* en la guerra de la Independencia de España, me atrevo á proponer á las comisiones de armamento y defensa en Francia, los siguientes preceptos para trasladar á territorio frances el sistema de las guerrillas españolas, en daño de los ejércitos alemanes y prusianos, y que tan buenos resultados produjeron en España contra los ejércitos de Napoleon I.

Conviene que el gobierno frances, á ejemplo de la Junta Central de Sevilla, expida un decreto parecido al que promulgó aquel poder ejecutivo entónces de España, el 28 de Diciembre de 1808, salvo las modificaciones que crea necesarias, por la diversidad de los tiempos, circunstancias y carácter distinto del pueblo frances.

En un principio las guerrillas que se formen, deben ser en crecido número, montadas á la ligera, y que no tengan organizacion militar, situándolas cerca de las montañas y grandes bosques.

Los jefes de guerrillas, conviene que posean alguna instruccion.

Los soldados de guerrillas, deben reclutarse entre los contrabandistas y paqueteros, postillones y conductores de diligencias, hombres esforzados, y exentos de todo miedo y aprension.

Hay una clase de hombres, que se diferencian de los demas de la sociedad, que llaman los franceses *les vigneronns*, viñador ó viñero, y en Castilla con el nombre de cavador de viñas¹. Hombres vigorosos y honrados.

¹ Los cavadores de viñas de las riberas del Duero, por lo general son hombres muy robustos y de grandes fuerzas. Un hombre de constitucion mediana, no puede ser buen cavador de viña. El buen cavador, cava con un enorme azadon de mango corto; y en la operacion de la cava y viña

Se distinguian estos cavadores, por lo esforzados, entre los mejores soldados de caballería del *Empecinado*, el cura Merino y Mina.

Los jefes de guerrillas, deben elegirse entre los hombres que demuestren osadía y honradez.

Los franceses, por de pronto, pueden escoger para jefes entre los *sousofficiers* y sargentos de caballería, que sean sugetos de confianza, jóvenes, robustos, naturales del departamento ó país donde deban operar, ó que habiten en él.

Propongo que los guerrilleros, en un principio deben vestir traje de paisano del país en que haga la guerra, constándome por experiencia, que en los comienzos de la guerra, van á ser muy perseguidos por el enemigo, y obligados á guarecerse muchos de ellos en las poblaciones, y mezclarse y confundirse entre los habitantes, escondiendo los arneses de sus caballos, distribuyendo éstos en pelo entre los habitantes para que los escondan en sus cuadras.

El mejor salvaguardia de una *partida*, debe ser una exquisita vigilancia, por medio de una policía popular bien organizada, que vele dia y noche, indagando y observando todos los movimientos de las tropas alemanas y prusianas, enviando al jefe de la *partida* del canton en que opere, una noticia circunstanciada de los movimientos, y el rumbo á que se dirige el enemigo.

En Castilla se dirigian estos partes ó avisos al cura

se necesitan grandes fuerzas para manejar con soltura el azadon en terrenos fuertes y pedregosos, en los que se planta y cultiva la vid. El cavador de viña, gana generalmente mayor jornal que los demas cavadores de tierra, y están mejor alimentados que los mismos dueños de las mismas viñas.

párroco de la parroquia más inmediata del rumbo que se sabia hallarse la *partida*, para que le diese el curso correspondiente.

Los párrocos católicos, serán los mejores agentes y jefes auxiliares de los cantones, y de la policía popular de sus distritos: nadie mejor que los párrocos saben cuanto pasa y ocurre entre sus feligreses. Son los más interesados en la gran cuestion del dia; cuestion que es de vida ó muerte para el clero católico. Es la guerra de los sectarios del fraile Lutero, contra la religion latina.

La policía popular, es muy conveniente que se organice por el comisario especial del gobierno en cada departamento, por cantones y parroquias, porque servirán de medio de salvacion de cada partidario, y el más seguro para combinar con acierto sus operaciones de sorpresas, ataques ó evasiones.

Esta misma policía popular, servirá eficazmente á mantener y sustentar incólume el patriotismo puro, y que el enemigo no pueda hacer prosélitos entre los habitantes, para formar un partido *germánico*, á imitacion del que principió á formar Napoleon en España, denominado en 1808 el partido afrancesado, que lo echó por tierra el miedo y terror que infundieron las *partidas de guerrillas*.

Al principio de las operaciones de guerra, es necesario que los golpes de sorpresa y ataque sean instantáneos, seguros y decisivos; porque en ello finca el sucesivo crédito y nombradía de la partida.

Atacar siempre á una mitad ménos de soldados de los enemigos, que marchen á la cola de los convoyes, ó rezagados de las columnas del ejército contrario. A las escoltas de los correos ó partes militares.

La caballería pesada, como dragones y coraceros, deben atacar las *partidas*, aunque sean en igualdad de número. La caballería pesada es muy torpe en sus movimientos, y será muy fácil su vencimiento por una guerrilla, cuyos ginetes monten caballos de poca alzada y veloces en sus movimientos. El ataque de las guerrillas españolas, contra la caballería pesada, era una función de pólvora; siempre era vencido el enemigo, aunque fuese en número doble.

Se ejecutaban siempre estos ataques ó embestidas á tiro de *trabucos*, rodeando á medio tiro al enemigo. Los trabucos eran sus *ametralladoras* de entónces.

Debe evitarse en un principio el atacar y sufrir choques de la caballería ligera, como de los húsares, cazadores y hulanos, porque son los enemigos más terribles para las partidas, por la velocidad de sus caballos.

La caballería alemana, compuesta de los regimientos ligeros de *nasaus*, *westfalianos*, *witenburgueses* y los *polacos*, eran los que miraban las partidas españolas con mayor respeto: se conocian y distinguian por los de las correas amarillas.

Esos mismos soldados alemanes, desertores en gran número al campo de los guerrilleros, eran los mejores soldados que tenian *el Empecinado* y Merino; y los más estimados en el ejército inglés, á donde los encaminábamos por la via de Alicante y Valencia, con su hoja de ruta, alojamiento y raciones.

Las guerrillas españolas conservaban en corto número los desertores alemanes en sus partidas, temerosos de ser víctimas de una reaccion combinada de ellos, de acuerdo con los generales enemigos; motivo principal que les obligaba á los jefes de *partida*, á en-

caminarlos á los ejércitos ingleses, que los recibian con los brazos abiertos y los embebían en las filas de sus escuadrones de caballería, y eran sus mejores soldados.

Se promovía la desercion de los alemanes el año de 1809, por medio de proclamas lacónicas y enérgicas, que se escribían é imprimían en su lengua y esparcían entre los soldados de cada una de las naciones. Los curas y las mujeres eran los mejores distribuidores de aquellos papeles.

Se conocía por experiencia, que la mayoría de los desertores, eran soldados católicos, que repugnaban por escrúpulos de conciencia hacer la guerra juntamente con los *huguenotes*, contra sus correligionarios los católicos, que reconocían al papa.

CAPÍTULO IX.

Preceptos del cura Merino para bien regir una partida de guerrilla.

En varias conversaciones que tuve con el cura Merino, despues de la guerra de la Independencia, en las diferentes partidas de caza que hice con él, me refirió lo siguiente:

Para ser buen partidario se requiere:

Estar bien constituido, gozar de buena salud, y ser poco ó nada dormilon.

No desnudarse nunca, sino por via de limpieza. Dormir siempre en los montes y en tierra, nunca en cama.

Ser buen ginete, y estar constantemente á caballo.

Permanecer el tiempo necesario y no más al frente de su partida.

Que ésta ni nadie sepa á dónde se dirige el jefe, ni su paradero.

Un buen jefe de partida, decia Merino, debe examinar detenidamente el terreno que frecuenta, reconociendo todo el distrito de su demarcacion, sus sierras, montañas, desfiladeros, sendas y caminos.

Merino me aseguró haber empleado dos meses en recorrer, en todos sentidos, los pinares y sierras de Quintanar y Soria, con los mejores pastores y cazadores del país; de manera que conocia de noche todos los recovecos, sin necesidad de guias, y todos los escondrijos, cuevas y desfiladeros.

Me reveló el secreto del *Embudo* de la sierra, que jamas lo pisó la planta de un frances. Es el pueblecito de *Neila*, lugar miserable, encajonado y encerrado herméticamente en el embudo de unas sierras anchas en su cima y gradualmente estrecha hasta el pié que ocupa el terreno, de la capacidad de la área de la plaza Mayor de Madrid. En este estrecho terreno, está fundado el pueblo, y mirando á la cima de las montañas, representa exactamente un gran embudo. Los habitantes son tan negros como los habitantes del Congo, porque de dia y de noche están ardiendo en todo el lugar las *teas* ó astillas de pino que arden con la claridad de una hacha de viento; y este es el motivo de ser aquellos serranos en la apariencia negros, y sus casas y sus ahumados muebles del barniz negro que deja el hollin de la tea resinosa. Aquellos habitantes son muy pobres, todos son leñadores, dedicados á la corta de pinos, para los aserradores hidráulicos que hay en sus inmediaciones. Me añadió, que en la guer-

ra de la Independencia, viéndose en grandes apuros por la activa persecucion de los enemigos, se refugió en Neila con su asistente, mientras dispersaba la partida en pequeñas secciones fuera de la provincia.

A prevencion hizo arreglar un sendero en lo más agrio de aquellas sierras, por el que pudieran fugarse él, su asistente y los caballos, si los franceses acertaban á ir á Neila.

No toleraba, ni permitia en su partida, ningun juego de azar. Desgraciado del soldado en cuyo poder se encontrase una baraja.

Tenia odio y mala voluntad á todo borracho. Decia que á ningun borracho se debia tolerar en una partida, y ménos confiarle una guardia, sin correr peligro; ni fiarle la conduccion de un pliego. Consiguió no tener un ébrio en su partida; ni de los mismos alemanes, que eran grandes bebedores de vino y aguardiente.

El cura Merino era *aguado*, es decir, que no probaba vino ni licores.

Prohibió severamente las blasfemias y juramentos: era severo en esta parte, y hacia cumplir con todo rigor la ordenanza militar.

De rústicos, mal hablados y sin educacion, convirtió aquella porcion de hombres, en seres morales, sociales y respetuosos con veneracion; en un regimiento de soldados bien disciplinados, y fáciles de ser conducidos por la senda del honor y de la gloria.

Un buen partidario debe hacer lo que hice yo, me repetia Merino: alojar su partida en un pueblo que no esté muy distante de las guarniciones enemigas; colocar centinelas avanzadas de caballería por todos los caminos que se dirijan á las poblaciones guarnecidas por el enemigo; establecer una gran guardia de ca-

ballería é infantería en un *meson*¹ y casas inmediatas, que tengan una tercera parte de la fuerza total de que se componga la *partida*; los caballos deben pasar la noche ensillados, atados al pesebre y con la brida en el arzon de la silla; el ginete debe estar al lado del caballo, por si hay la menor novedad de alarma ó sorpresa del enemigo, montar inmediatamente á caballo y formar en el portal, ó fuera del *meson*; constantemente debe recorrer las inmediaciones ó alrededor del pueblo, una ronda de caballería que saldrá del gran reten del *meson*, y se relevará de hora en hora.

El jefe de *partida*, luégo que quede establecida y alojada su gente, y que haya comunicado sus instrucciones á su lugar teniente, al anochecer saldrá acompañado de su asistente², y con celeridad recorrerá las inmediaciones de las guarniciones enemigas, y comunicará con los agentes que haya enviado anticipadamente á los pueblos; y no habiendo novedad, y que todo está tranquilo, á media rienda irá al bosque ó montaña más inmediata, donde deba dormir. Regularmente queda concluida la primera ronda á media noche, despues de haber andado cinco ó seis leguas á media rienda. Llegado al monte con su asistente, ambos recorrian haciendo un *zig-zags*, de manera que el asistente quedaba desorientado del sitio en que se encontraban. De repente paraban, y el cura decia á su asistente: *Feo*³, tú aquí, y buenas noches. El asistente se apeaba del caballo, le desembridaba, aflojaba las

¹ Un *meson*, es una posada de arrieros en los pueblos, que tiene hermosas cuadras para las caballerías, y muy malas habitaciones para los viajeros.

² Cuando los soldados le veian salir al cura á aquellas horas y con noches horrorosas, exclamaban: *El cura va á celebrar la misa del gallo.*

³ Apodo de uno de sus asistentes de confianza.

cinchas, le echaba la manta, colocándole el *morral*, con un celemin de cebada; sacaba de la *alforja* los víveres para su cena, cenaba y se acostaba. Merino seguía caminando por el monte en zig-zags, y encontrando sitio aparente, que siempre era preferido donde corría un arroyo ó manaba un manantial, se apeaba, desbridaba el caballo, atándolo con el ronzal á un árbol, y quitándole la silla le echaba una manta y le ponía el morral con medio celemin de cebada.

Segun era el tiempo: si éste era bueno, sacaba de la alforjilla su maquinilla, y con espíritu de vino hacia chocolate y lo tomaba con pan, bebía un vaso de agua, hacia y fumaba un cigarrillo de papel, se envolvía en su buena capa, y sirviéndole la silla del caballo de almohada se echaba á dormir hasta las tres de la mañana, que despertaba y se levantaba. El reloj despertador que tenía lo colocaba á su cabecera en la silla del caballo. Volvía á echar en el morral del caballo otro medio celemin de cebada, y mientras lo comía lo ensillaba, y él comía una pastilla de chocolate con un pedazo de pan, bebía un vaso de agua fresca, le quitaba el morral al caballo y le daba de beber en el arroyo. Se encaminaba á donde estaba el asistente, le daba una patada en las piernas y le hacía levantar y poner el freno al caballo.

Emprendía la segunda ronda de la mañana, y á media rienda se encaminaba á la aproximación de las guarniciones, conferenciaba con los confidentes, que les pagaba bien: ántes de amanecer estaba en el cuartel general de su partida, veía por sí mismo si las avanzadas y las rondas estaban con la debida vigilancia, y entraba en la población. Mandaba tocar diana, y que toda su gente se pusiese en pié y listos para

marchar. El tomaba una jícara de chocolate con un gran vaso de leche recién ordeñada. Leía todos los partes, y de su sombrero, que era su archivo, sacaba un cuadernillo de papel de cartas, contestaba y daba sus instrucciones á los comandantes que estaban en diferentes puntos destacados: siempre en cinco ó seis líneas. Los partes originales los quemaba en el instante. Cerrados los pliegos, puestos los sobres, ponía en cada uno un sello que le habia regalado el cura de Coruña del Conde (la antigua Clumnia, municipio romano), ya con cera amarilla ó lacre: hacia subir á su habitación los ordenanzas á caballo que estaban dispuestos, y les entregaba á cada uno el suyo, previéndole el camino que tenia que tomar y la hora precisa en que debia entregarlo. En 1809 el cura de Villaviado no tenia todavía secretario, ni jefe de estado mayor que le despachase sus negocios militares; todo lo despachaba por sí en los términos que llevo referidos.

Formada su partida en batalla, fuera del lugar donde habia dormido, la revistaba y en seguida daba las órdenes á su lugarteniente para conducirla al sitio que señalaba, y allí se ejercitaba la partida en maniobras de guerrilla, ejecutando simulacros en pequeño de ataque y defensa, y marchaban maniobrando hasta el punto donde debian comer y dar pienso á los caballos.

Decia Merino que su sistema de que la partida pasase la noche en poblado, era punto de economía y al mismo tiempo de conveniencia para el soldado. Exclamaba con vehemencia que el hombre no era de bronce y necesitaba descanso y dormir sosegadamente las horas necesarias. Que el sueño del campamento

era nocivo á la salud del soldado y del caballo. Con el continuo campar al sereno, enfermaba el soldado y el caballo, y destrozaba en muy poco tiempo sus vestidos, y perdía muchas prendas de su equipo militar. Que por el nuevo método que habia adoptado habia conseguido tener alegres y contentos á sus soldados, y conservarlos en un estado de sanidad perfecta; y que lo mismo sucedia con los caballos, que con el sereno y los frios enfermaban y perecian muchos del muermo.

El equipo duraba doble tiempo. En medio de la gran persecucion que sufría, no habia encontrado otro recurso para salvarse y conservar la salud del soldado; y que el gran secreto de este sistema no consistia en otra cosa que en la exquisita vigilancia que observaba. En las rondas nocturnas que hacia por sí, y sin fiarse de nadie, pasando á caballo parte de la noche y con los tiempos más rigurosos del año, recorriendo con la mayor velocidad las inmediaciones de las guarniciones del enemigo, pagando muy espléndidamente á los agentes secretos que enviaba á aquellos puntos en observacion del enemigo. Jamas le fué ninguno traidor, y siempre estuvo bien servido.

El cura de Villoviado remudaba de caballo y asistente al dia dos ó tres veces: es de advertir que el cura Merino tenia siempre de remuda seis ú ocho caballos excelentes y bien probados, con sus correspondientes arneses y monturas, y otros tantos asistentes, como caballos, de su entera confianza, soldados valientes y serviciales. Como llevo dicho, todos los dias remudaba de caballo dos ó tres veces: por la mañana, al medio dia y al anocheecer, con su alforjita y un saquito con un celemin de cebada.

El mejor caballo de batalla que montó el cura Merino en la guerra de la Independencia fué el *Tordo*. Lo adquirió en la jornada de Torrequemada cuando interceptó el famoso convoy de municiones de guerra que caminaba por aquella calzada para el sitio de Ciudad Rodrigo. Aquel precioso animal era el que montaba el coronel-comandante del convoy, que murió en el combate. Era tordo ceniciento y normando, de mucha alzada, ancho de pechos, los piés y manos gruesos como columnas, y el pelo de ellos poblado y crecido de media cuarta, que habia que esquilarlo, sobre todo en invierno por los lodos. Era muy toseco y mal configurado y nada esbelto. Parecia un caballo normando de tiro de los *roulages* franceses, ó de los carros de mudanzas de Madrid. Durante la pelea de Quintana de la Puente, lo admiró el cura Merino por su veloz movimiento. Dueño de él, lo examinó detenidamente, y por el gran conocimiento que tenia de la calidad y cualidades de los caballos, conoció su mérito y se lo apropió, con desaprobacion de sus oficiales, que le pusieron por mote el *Clavileño*. Era capon y todavía no habia cerrado, y muy manso. Luégo que se le ponía la silla y que montaba el ginete, se deshacia en movimientos y brincos, deseando ponerse en marcha. Trotaba magníficamente, y siempre andaba á media rienda, que es lo que más le gustaba al cura Merino. Era de superior velocidad en la carrera, y no habia caballo que le pudiera superar. A la voz de su amo se paraba, y estaba tranquilo como un poste mientras el ginete hacia fuego con la carabina al enemigo. Para hacerle andar no se necesitaba espuela ni látigo: bastaba un movimiento de la brida y animarle con la voz para que rompiese la marcha á me-

dio trote. A las embestidas en un ataque, corria veloz, sin que se espantase por el estruendo de los tiros y el ruido de los sables, ni la gritería de los combatientes. Despues de haber andado seis ú ocho leguas á media rienda, se le quitaba la silla, y si habia un rio, su mayor placer era el bañarse y marchar á la cuadra dando saltos y relinchando; y aunque se le echasen dos ó tres celemines de cebada, y sin paja, los comia al momento: lo mismo las habas secas, patatas y zanahorias, y con mucho más placer una hogaza de pan empapado en una azumbre de vino. Nadie lo montaba más que su amo; y el asistente en momentos de persecucion y peligro lo llevaba ensillado y por la brida. Su amo, el cura Merino, lo conservó años despues de la guerra, que murió de puro viejo.

Generalmente sus acciones de guerra consistian en emboscadas y sorpresas seguras. Cuando atacaba á un fuerte número de enemigos compuestos de caballería é infantería, principiaba casi siempre el fuego contra ésta, y asistia á esta funcion el mismo cura Merino en persona, disparando sus tiros certeros de carabina, dirigidos contra el oficial ó jefe de la infantería. Sus asistentes cuidaban de cargar las carabinas ó escopetas de la fábrica de Madrid, que él llamaba *retacos*. Sus maniobras en guerrilla siempre se dirigian en retirada hasta que conseguia separar enteramente á los unos de los otros, en cuyo caso se dirigia con las guerrillas á la loma ó bosque en que tenia reunidos y formados en batalla los escuadrones de caballería de su partida, y cargaba de repente sobre el enemigo, que las más veces conseguia derrotarlo, y rara vez lograba el enemigo salvarse en el cuerpo de infantería.

El cura Merino no era acuchillador, *sabreur*, como

dicen los franceses. Jamas cargó al frente de su partida al enemigo como *el Empecinado*, D. Julian Sanchez y otros jefes. No entendia otras tretas que las emboscadas, sorpresas y tirotear en las guerrillas con sus retacos. Nunca fué herido.

Decia Merino que la mayor parte de sus triunfos en pequeño, los consiguió poniéndose de acuerdo con los alcaldes de los pueblos. Entendido con ellos, dictaba los partes que debian de dar en cumplimiento de sus deberes á los comandantes y jefes del canton más inmediato, partes en un todo verídicos. Por ejemplo: que los brigantes mandados por el cura Merino pernoctaban en tal pueblo en número de tantos. El jefe del canton recibia el parte, y primero que ordenaba su salida era el amanecer, y cuando llegaba al pueblo de dia claro. Merino lo evacuaba con su partida, dejando en él un pequeño destacamento al mando de un oficial inteligente con las instrucciones necesarias. Entraba en la poblacion el jefe del canton, y los guerrilleros hacian el semblante de haber sido sorprendidos, y salian en confusion de las casas haciendo fuego á los franceses, y se retiraban fuera del lugar y principiaban á tirotearlos: los enemigos rompian el fuego, y los brigantes con lentitud se retiraban siempre tiroteando en direccion del bosque ó desfiladero donde los esperaba el cura Merino con su partida, escondida en un bosque ó á espaldas de una loma. Salia por diferentes puntos y rodeaba á la infantería por todos lados, y á trabucazos y á sablazos concluian con ellos. La misma operacion ejecutaban al retirarse las guarniciones hácia el canton, esperándolas en un bosque ó desfiladero que ellos desconocian, y regularmente se verificaba esta operacion de noche. Estas estratage-

mas de guerra las repetia diferentes veces, y siempre con buen éxito.

En 1809 los periódicos de Paris hicieron varias caricaturas, representando al cura Merino montado en un caballo flaco como el *Rocinante* del hidalgo de la Mancha, vestido de clérigo, sombrero grande de teja, grande sable, trabuco naranjero y un gran Cristo de bronce colgado al cuello del héroe, y con un gran paraguas abierto. Esto lo hacian los periodistas asalariados para ridiculizar al cura Merino en toda Europa.

Nada más inexacto que este retrato. El verdadero era el siguiente:

Vestia generalmente una levita de paño azul ó negro; pantalon de pana azul oscuro; chaleco negro, regularmente de seda; corbata negra, tambien de seda; sombrero negro de copa alta como se usaba entónces, y si llovía le ponía un hule; zapatos gruesos y medias de lana, y un espolin. En el invierno usaba capa parda de paño grueso de Rianza que tenía un baño de barniz impermeable imitando á los barraganes de Cuenca, y en verano capa de paño azul. Ninguna insignia militar le distinguía. Montaba los mejores caballos que se podían encontrar, y no le dolía el dinero para pagar uno sobresaliente. A la vista conocía su calidad.

Su carácter era brusco, y nada amable ni social. No gustaba de conversacion, y ménos de las largas. Era sumamente reservado. Se hacía respetar con su severa presencia. Con nadie gastaba familiaridad, y guardaba su lugar, por lo que era respetado de todos, pero no amado de ninguno.

En su personal era de mediana estatura, cetrino muy subido, de pocas carnes y ligero en sus movi-

mientos; sus ojos y pelo eran negros cerdosos; tenia una vista excelente, y veia á largas distancias. Gran ginete, subia, bajaba y corria los cerros y los precipicios más peligrosos como si fuese en llano, con toda la velocidad del caballo.

Generalmente comia en pié y sin sentarse á la mesa: tomaba una taza de caldo ó comia una cazuela de sopas de ajos, un par de huevos pasados por agua, un pedazo de carne en fiambre, de que llevaba provision, y por postre un pedacito de queso ovejuno del país, y al último bebia un vaso de agua. Con este sistema metódico conservaba su buena salud, y nunca se le vió enfermo.

Y volvía en el instante á montar á caballo. Antes de subir á él preguntaba siempre á su asistente si estaba calzado, es decir, si estaba bien herrado; y completo de clavos. Siempre caminaba á media rienda; era incansable, sufriendo los más fuertes calores, nieves y los frios más intensos. En el rigor de ellos gastaba guantes de ante ó de lana, y la capa parda ó una especie de carrik-anguarina con capucha, y se embozaba y cubria parte de la cara.

Decia, por último, Merino, que un buen jefe de *partida* lo que debe esencialmente procurar tener por todos los medios posibles y á costa de cualquier sacrificio, era una persona dotada de mucha instruccion, actividad y patriotismo, que residiendo en medio del enemigo en la capital de la provincia donde opere, por su posicion social y relaciones con los jefes mismos contrarios, pueda saber gran parte de sus planes y proyectos dirigidos á exterminar su partida. Que él debió al Director que tenia en Búrgos los principios y fomento de su partida, y á sus oportunos avisos de las

salidas de aquella capital de los correos, columnas y convoyes, la mayor parte de los triunfos que habia conseguido en el año de 1809.

Tal fué el *hazañoso* D. Gerónimo Merino, cura de Villoviado; el *partidario* que conviene imitar y tomar por modelo, tratándose de formar una *partida de guerrilla*. Hago su historia verdadera del primer año en el que principió á ser *el Campeador de Castilla la Vieja*.

El tan temible guerrillero de Castilla la Vieja en 1809, despues de haber servido fielmente á su rey y señor Cárlos V, y una vez celebrado el convenio de Vergara, se vió obligado á refugiarse en Francia en fines de 1839, y destinado por aquel gobierno al depósito de la ciudad de Alençon, capital del departamento de L'Orné, donde murió el 12 de Noviembre de 1844, en cuyo cementerio están sepultados sus restos. Habiéndose cometido en el siglo XIX la anomalía é inconsecuencia de relegar al olvido los restos mortales y fuera de su patria de uno de los héroes de la guerra de la Independencia; miéntras hemos visto, dos años hace, trasladar de Francia á Madrid las cenizas de dos poetas, que despues de pasearlos procesionalmente por los sitios más públicos de esta capital, y notablemente por delante del obelisco, de esa majestuosa y eterna *pirámide* del DOS DE MAYO, monumento que da fe y testimonio de nuestro valor y nuestra independencia, y no haber querido capitular con el mayor y más esclarecido capitan de este siglo, y depositarlos en el panteon de los hombres ilustres españoles: á aquellos mismos poetas que militaron en las filas de los enemigos de la independencia de su patria, y que fueron expulsados de España por las huestes

que capitaneó el insigne partidario brigadier D. Gerónimo Merino y demas campeones de la independencia nacional. Es verdad que Merino fué *carlista*; pero tambien es que lo fué y es el general Martinez Tenaquero, secretario de Maroto, que jugó tan gran papel en el convenio de Vergara. Que este mismo Tenaquero desempeñó el alto puesto de capitan general en diferentes distritos militares bajo el reinado de Isabel II, y despues de la revolucion de Setiembre de 1868, como buen *tornadizo*, se volvió á su *aprisco*; y hemos visto igualmente poco há colocarse al mismo Tenaquero al frente de sus antiguos correligionarios, é invadir con ellos el territorio español para volver á encender la guerra civil en su patria. ¡Anomalías y más anomalías, é inconsecuencias y más inconsecuencias del siglo en que vivimos!

Se dirá tal vez que es tardía la publicacion de este escrito, por lo avanzado de las operaciones de los ejércitos germánicos en Francia. El autor de este escrito cree lo contrario: cree, como creyeron nuestros padres en 1808, que, no principiaron á salir al campo las *partidas de guerrillas*, hasta un año despues de la invasion de los ejércitos franceses, y que aquellos se enseñorearon de todo el territorio de la península, despues que derrotaron todos los ejércitos españoles é ingleses, y que no quedaba para España más salvacion.

No aparecieron las *partidas de guerrillas* hasta que vino el mismo Napoleon en persona á fines del año de 1808, al frente de su grande ejército, que se apoderó de Madrid; y desde su campamento de *Chamartin* se dirigió á Astorga, á donde llegó el 1.º de Enero de 1809, en persecucion del ejército inglés; y dan-

do á los mariscales sus instrucciones y planes que tenían que seguir para exterminar las reliquias de nuestros ejércitos en el interior del reino, se encaminó presuroso para Alemania.

Los mejores mariscales y generales del imperio, fueron empleados por Napoleón en aquella guerra desastrosa: toda la estrategia y habilidad que emplearon, se estrelló ante el imponente aspecto del enojo, mala voluntad y el extremo entusiasmo de la nación española, y singularmente de los guerrilleros que pululaban y aparecían como hormigas en medio de los ejércitos enemigos. Este aspecto imponente y peligroso obligó á los mariscales á desquiciar la unión de sus ejércitos, y á diseminarlos por todos los puntos y cantones amenazados de la península, para contener la audacia, osadía y patriotismo de las *partidas*.

España entera se levantaba: los brazos todos se armaban para defender la patria. En las provincias y distritos, todos, ricos y pobres, nobles y plebeyos, rivalizaban en ardor belicoso, y sus esfuerzos combinados aseguraron la victoria. Todos pensaban de una misma manera; porque por aquellos tiempos no había bandos ni partidos ambiciosos, sin méritos, que trabajasen para apoderarse de los mandos: todos pensaban de una misma manera; y el que se distinguía por sus obras, aquél era el preferido.

La fecha de este escrito encierra un enigma que no importa al público descifrarlo. Habrá altos interesados que lo comprenderán si llega á sus manos este impreso y lo leen.

Cuando los ejércitos extranjeros han invadido una nación y se han enseñoreado de ella para avasallarla por la fuerza, y que esta nación invadida y conquis-

tada á la fuerza conoce su dignidad, la honra y el valor de la independencia perdida, prefiriendo su libertad al yugo extranjero, se alza en masa, como un solo hombre, para sacudir la dominacion forastera.

Ya que en Francia, sus ejércitos asalariados han sido impotentes para libertarla, por su mala organizacion ó ineptitud de algunos de sus jefes, apela en sus agonías á sus valientes y esforzados hijos para salvarla, á imitacion de España en la guerra de su gran revolucion de la Independencia de 1808. Puede decir el pueblo frances, como dijo un historiador y fraile agustino del convento de San Felipe el Real en 1814 en un resúmen histórico de la revolucion española: «*A la desgracia de un ejército es consiguiendo la derrota de los demas, y que á pasos acelerados camine el vencedor en pos de la victoria y la gloria*». Palabras proféticas de lo que tenia que suceder y se ha verificado en el año de 1870 á los ejércitos franceses.

En todo país ocupado por un ejército invasor, aumenta por instantes el odio y la sed de venganza.

Va á llegar, pues, el momento crítico en que la Francia tiene que apelar á la defensa de su independencia nacional, tan amenazada por las armas enemigas; tiene necesariamente que recurrir á la creacion de una milicia nueva, á la organizacion de las *partidas de guerrillas* en Francia para hacer la guerra en detall á las legiones extranjeras, tan luégo como estén esparcidas y desparramadas en los departamentos y cantones. Tienen los buenos y esforzados hijos de la Francia necesidad de traquearlos, hostigarlos, ó como dicen los franceses con mucha propiedad, *harceler*, picándoles en sus marchas sin dejarlos descansar un

instante, y privándoles de subsistencia, talando el país que vayan á ocuparlo para proveerse de víveres, atacando sus convoyes y sitiándolos de todas maneras por *el hambre, el fuego y el fierro*. Este es el mejor modo de exterminarlos.

¿Lo harán así los franceses? Sólo el tiempo nos lo dirá. Existe una preocupacion que se opone mucho á la realizacion de estos buenos deseos. Se cree vulgarmente que la distinta índole y carácter español, su sobriedad, el país montañoso que habitamos, al paso que nos favorece para hacer la guerra montaraz, se opone á que los franceses puedan ejecutarla en el suyo por sus inmensas llanuras, y su *soupe y boulli*, que nosotros llamamos *olla*, que echarian de ménos en la guerra guerrillesca. Esto no pasa de ser una preocupacion en gran parte. Francia, en tiempo de su república del año de 1792, tuvo su levantamiento vandeano, sus partidas de guerrillas y sus guerrilleros, habiéndose hecho notables por su inteligencia y buena direccion los jefes, el oficial de marina de *Charrette*, el noble *La Rochejaquelein*, y otros, que dieron mucho que hacer á los uniformes *azules*, hasta que tomó el mando del ejército republicano de la Vendée el general Hoche, aquel gran genio pacificador y guerrero que, con su habilidad y política, supo sosegar la guerra civil de la Vendée y restituir la paz perdida.

¡Quiera Dios que, sin que se pase mucho tiempo, no se vea España obligada á tener, como en 1808, que recurrir á la organizacion de sus partidas de guerrillas en defensa de la independencia nacional, para hacer frente á la ambicion de los dos emperadores de Oriente y Occidente que, *agermanados*, pretenden do-

minar y tragar la Europa entera! Para prevenirmos con tiempo contra semejante catástrofe, es indispensable que España trate seriamente en conseguir la *union* de todos los españoles, á imitacion de lo que sucedió en el año de 1808. Que pensemos exclusivamente de las *cosas* y no de las *personas*.

En el presente siglo, los españoles hemos sido, ó nos han obligado á ser, por dos veces los alborotadores ó camorristas de la Europa, y la causa primordial de la caida de dos imperios franceses y de sus emperadores.

En 1808, el gobierno español, desgobernado por un estúpido guardia de Corps, é impulsado secretamente por la astucia y maquiavélicos manejos de la Francia y su emperador Napoleon I, nos embarcó en la desastrosa guerra de los seis años, ó de la Independencia, que nos trajo las desgracias y males sin cuento, postrándonos por mucho tiempo; y el mayor de ellos fué la pérdida de las Américas, en provecho del comercio de la misma Francia, y de nuestros aliados de entónces, que nos ayudaron á derribar al coloso de Europa. ¿Qué nos quedó como premio de tantos hechos heróicos? El panegírico que hizo el mismo Napoleon, desde el destierro de la isla de Santa Elena, que copio por epígrafe de este folleto: «Que los españoles en masa, nos condujimos como un hombre de honor. Que nada tenia que decir sobre este particular, sino que triunfamos, y que fuimos cruelmente castigados. Que los españoles merecíamos algo más y mejor». ¿Quién castigó entónces á la España? Sus mismos aliados en la guerra titánica que sostuvimos contra el coloso del siglo: el Congreso de la Santa Alianza, que volvió á entronizar el despotismo en España.

Echemos una mirada sobre la infeliz Polonia, que la Santa Alianza repartió entre sí el territorio, sumiendo á sus desgraciados habitantes en una verdadera esclavitud. No olvidemos un instante que somos dueños y poseedores de las islas Baleares y de los puertos de Mahon y Cartagena, que tan codiciados son por los emperadores de Oriente, y el próximo de Occidente, para coronar sus ambiciosos planes sobre el Bósforo y el mar Mediterráneo. *¡Ojo al Cristo, que es de plata!*

En Setiembre de 1868, se hizo la *gloriosa* revolucion militar de Cádiz para destronar únicamente una reina *legítima*, con pretensiones de colocar en su lugar á un príncipe extranjero. A su vez, un tercero en discordia frustró el intento, haciéndose dueño del cotarro, y alzándose con el santo y la limosna. La legitimidad es una verdad eterna; y esta verdad, *nada* sobre la mentira, como el aceite sobre el agua, como dijo el inmortal Cervántes. Los reyes españoles, nacidos en el extranjero, han probado mal en España. Carlos I, y V de Alemania, volvió con sus alemanes y flamencos á España en 1521, y con ellos echó por tierra las libertades de Castilla, ajusticiando en Villalar á los caudillos Padilla, Bravo y Maldonado. Felipe V y Carlos IV, fueron lo que fueron, segun nos refiere la historia. Un rey extranjero, es una planta exótica en España. El mejor rey para España, es uno de sus hijos, nacido en suelo español.

Napoleon III, lleno de imprevision y mirando con indiferencia el fuego que se puso á nuestro aparejo, le llegó á su vez y por sus pasos contados, al suyo, y en el verano último perdió su imperio, quedando prisionero de sus enemigos; y triunfante la república, que

por otra revolucion le sustituyó en el poder y dominacion de la Francia.

¿Y cuál será el futuro porvenir de las dos naciones, cuyos monarcas han sido destronados? Dificilillo es adivinarlo. En cuanto á Francia, es cuestion de tiempo, y de la constancia ó inconstancia de sus naturales. Vencidos ó triunfantes, les queda todavía el rabo por desollar, ó el gran problema por resolver, para conseguir una paz que sea estable y duradera.

¿Cuál será el poder que quedará en pié y dominante en Francia? Este es el busílis, ó el punto en que estriba la dificultad de la cosa.

San Leonardo, Octubre de 1870.

Uu Serrano,

ANTIGUO CAPITAN DE GUERRILLA.

ÍNDICE.

	Págs.
INTRODUCCION.	3
CAPÍTULO PRIMERO. — Principales jefes de partida ó guerrilleros que salieron á campaña en el año de 1809, particularmente de Castilla.	7
CAPÍTULO II. — Providencias crueles del mariscal Soult y otros generales de Napoleon contra las partidas de guerrillas, y represalias de éstas que obligaron á los franceses á derogar sus decretos.	14
CAPÍTULO III. — Opinion de algunas autoridades francesas acerca de las partidas de guerrillas españolas.	16
CAPÍTULO IV. — D. Gerónimo Merino, cura de Villoviado. — Modelo que imitar, como partidario. — Algunos de sus hechos en 1809.	21
CAPÍTULO V. — Ultima accion victoriosa ganada por el cura de Villoviado en el año de 1809 contra una columna de caballería de la Gendarmería de la Guardia Imperial.	35
CAPÍTULO VI. — El coronel de la Gendarmería, herido, consigue llegar al monasterio de La Vid, y refugiarse en Aranda de Duero.	46
CAPÍTULO VII. — El Director es preso en Búrgos. — Se le forma causa criminal, y consejo de guerra que sufrió. — Su absolucion por unanimidad del mismo consejo. — Determinacion arbitraria del general en jefe,	

conde de Dorsenne, para deportarlo como reo de Estado al castillo viejo de Bayona.	50
CAPÍTULO VIII. — Preceptos útiles que conviene los tengan presentes las comisiones de armamento y defensa de los departamentos de Francia, para la creacion y organizacion de las partidas ó guerrillas.. . . .	58
CAPÍTULO IX. — Preceptos del cura Merino para bien regir una partida de guerrilla.	63



9

Este folleto se hallará de venta en las librerías siguientes:

En la de Durán, Carrera de San Gerónimo, núm. 2.

Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

D. Mariano Escribano, calle del Príncipe, número 25.

Precio, 2 reales cada ejemplar en Madrid, y 3 reales en provincias; dirigiéndose para los pedidos á D. Mariano Escribano, en la calle del Príncipe, núm. 25.

NOTA.

El autor de este opúsculo autoriza á quien quiera, para que pueda traducirlo en frances ú otro idioma extranjero.

